

Cuentos

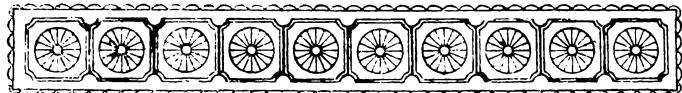
EDICIÓN POR

Eduarda Mansilla de García



BUENOS AIRES

Imprenta de la "República" Belgrano 189.



UNA PALABRA AL LECTOR

Tout parle en mon histoire
et même les poissons!



Diré, como el buen Lafontaine:

« Todo siente y habla en mis cuentos, hasta
una inerte jaulita dorada. »

Andersen, el maestro en materia de cuentos,
ha narrado magistralmente las aventuras de
« Un intrépido soldado de plomo. »

Siguiendo sus huellas, he contado yo las de
una Jaulita dorada.

Si lo hice bien ó mal, no me incumbe á mí
decirlo; solo he intentado producir en español,
lo que creo no existe aun original en ese idio-
ma: es decir el género literario de Andersen.

¡Cuál ha sido mi objeto al componer estos cuentos?

Debo confesarlo, aun cuando la pretension parezca superior á mis fuerzas. Vivir en la memoria de los niños argentinos! Penetrar en el hogar por la puerta mágica de la fantasía, y que las madres encuentren en mis cuentos con que reemplazar esos hoy olvidados, que en mi infancia contaba yo á mi anciana abuelita. El tiempo ha ido borrando los contornos de «*La Hormigu ita, del Caballito de siete colores, de Juan sin miedo,*» que hacian las delicias de otras generaciones infantiles. Feliz yo, si mis narraciones llegasen á popularizarse, reemplazando hasta cierto punto las ya olvidadas.

Puede acaso aspirarse á mayor gloria, que á cautivar la atencion de los niños, críticos perfectos, de un gusto esquisito, seguro; haciendoles olvidar sus penas fugaces, secando sus lágrimas *pronto enjugadas*, como dice Victor Hugo y despertando esa fantasía que dormita entre nubes sonrosadas, que el menor destello

luminoso aviva? No. Y por mi parte esa gloria me bastaria.

La acogida benévolas que obtuvo Chinbrú, publicado en folletin, acentuó en mi la idea que desde Europa me atormentaba tiempo há, cuando mis hijitos que adoran á Andersen, devoraban ávidos las obras de la Condesa de Ségur, tan popular en Francia. Casi con envidia veia el entusiasmo con que esas inteligencias, esos corazones que eran mios, se asimilaban sentimientos é ideas que yo no les sugeria; y mas de una vez traté de cautivar á mi turno con mis narraciones, al grupo infantil.

Puedo asegurar que la emocion que se pintaba en sus semblantes transparentes, sus aplausos y hasta su crítica, halagaban dulcemente mi corazon de madre y lisongeaban mi vanidad de artista.

Cada uno de mis cuentos, que no he querido denominar ni como mi amigo Mr. Laboulaye de azules, ni como la Condesa de Ségur de rosados, lleva al frente el nombre del niño á que

vá dedicado. Es la imàjen protectora que ha de servir de salvaguardia y aun de inspiracion á mi pobre ingenio.

He tratado de familiarizar á mis jóvenes lectores, por medio de apólogos sencillos, con la idea delicada y profunda, que en la naturaleza todo vive, todo siente; y que el sufrimiento no cuenta solo por la cantidad sinó por la calidad, mostrándoles que la virtud debe ser amada porque es bella. Si mi fantasia me ha estra- viado, voy en grata compañia.

Reproduzco «La Pascua,» y dos de mis cuentos, accediendo al pedido de una distinguida dama extrangera de sumo gusto, á quien me es grato complacer.

¿Qué acogida hallará mi libro? Mi intencion es buena; tengo fé en esa pléyade entusiasta, generosa, que vá á leerme. Ella me ha inspirado, en ella fio.

20 de Enero de 1881.

E. M: DE G.



La Jaulita Dorada

CUENTO

GUILLERMITA Y CONSUELO

Había una vez cierta Jaulita dorada, que desde el dia en que salió de la fábrica que le dió forma, se lo pasaba descontenta, fastidiada y triste!

En vano la picarilla se sabía bonita y coquetamente adornada con graciosas campanitas rojas como la flor del granado, que realzaban á las mil maravillas su caprichosa estructura de pagoda chinesca.

« ¿De que me sirven estas galas, decía. « El tener un enrejadito brillante, lujoso, un pisito reluciente, giratorio, que cede á la menor presión, anillos varios que se ajitan, barritas tras-



versales, preciosas tacitas encerradas en misteriosos retretes; si nadie, nadie ocupa esos anillos, ajita mis campanitas ni viene á beber en mis tacitas. » « Suerte cruel es la mia ! exclamaba la jaulita en sus reconditos adentros.

« Me muero de ganas de salir de este recinto enojoso, y sobre todo de vivir en compaňia. » Que tal no llamaba la descontentadiza, al gran número de desconocidos é indiferentes, que iban y venian en el almacen de la calle de la Victoria, donde pasaba sus dias sobre un vasto y surtido mostrador. Nadie parecia fijar siquiera los ojos en la coqueta y diminuta pagoda, ornada de campanitas que el menor movimiento hacia resonar. Pero como nadie las tocaba, las campanitas no sonaban. Pasaban los dias unos tras otros siempre iguales y enojosos. Ya habian desaparecido ánforas varias ornadas con flores de vistoso relieve, aceiteras plateadas, bandejas de brillante laca con graciosos mandarines chinescos, árboles fantásticos y dragones misteriosos; jarritas adiamantadas, donde el

iris retrataba sus colores, saleros relucientes y cristalinos; todos hallaban compradores, salvo la jaulita dorada. La mas profunda melancolia abrumaba á la pobre jaulita. Ciento es que en el almacen habia un muchacho de unos doce años, que miraba continuamente la preciosa pagoda con gran admiracion y vehemente deseo de llamarla suya. Pero aquella maravilla valia doscientos pesos, y Camilo, que era muy pobre, se contentaba con pasárle el plumero delicadamente, admirarla en secreto y devorar con ávidas miradas el portento.

La jaulita, á decir vérdad, leia en el pensamiento del pobre Camilo, que, tal es el don de todas las jaulitas doradas; pero es fuerza confesarlo, no simpatizaba con su admirador. Camilo era cojo, feo, ligeramente jorobado, y su traje raido cubierto de aparentes manchas y espesa capa de polvo, no contribuia á embellecer su natural fealdad. Ademas, el ideal de la jaulita, que las jaulitas tambien tienen ideal, era un ser brillante, ágil, alegre, inquieto, como quien diria un canario saltarin y bullicioso.



No puedo sin embargo dejar de reconocer que la compañía de Camilo, era de vez en cuando un gran consuelo para la descontenta jaulita; sobre todo cuando al acercarse la noche, las sombras se alargaban en el oscuro almacen, escaseaban los marchantes y se volvían mas negras y ceñudas una multitud de pesadas planchas de hierro, que permanecían siempre inmóviles frente á la jaulita, en compañía de un feísimo brasero, irritante por la severidad de su corte:

No hay plazo que no llegue; y para la jaulita cautiva, llegó el tan deseado dia de la libertad.

Cierta tarde entró en el almacen una dama, conduciendo por la mano á una preciosa chiquilla. Y poco despues oyó la impaciente jaulita estas palabras mágicas. « Tiene Vd. una jaulita muy bonita para un canario cantor ? »

Aquella voz infantil, aquella pregunta y sobre todo el canario cantor, hubieron de trastornar la cabeza de la jaulita. ¡Fué un encantamiento ! Se acercó una manecita blanca, una cabecita

(7)

rubia y un *que linda!* delicioso, hizo vibrar de dicha todos los alambritos de la dorada pagoda. Resonaron las campanitas, una fuerza misteriosa arrancó á la cautiva del odiado, prosáico mostrador y la terrible puerta quedó salvada.

¡Pobre Camilo, había perdido para siempre la esperanza! El último *tilin* de las campanitas rojas resonó lugubriamente en su corazon!

La ingrata nada vió! Era dichosa!

Rodaba rápidamente el coche que conducía á la aventurera jaulita; el *tilin* de las rojas campanitas enloquecía á la coqueta, que se sentía bella, admirada, pues no cesaba una boquita risueña de repetir «Abuelita que mona es mi jaulita, que monona!»

La imaginacion de la venturosa pagoda estaba exaltada en sumo grado. «Voy á verlo, decía. Voy á recibirlo!». Y el tiempo se le hacía largo, muy largo; que aquella jaulita dorada era algo impaciente.

Llegaron por fin á una vasta y lujosa mansión. Un caballero, que le pareció á la bella pa-

godà, muy distinguido à pesar de no ser sino un sirviente, la condujo delicadamente hasta un espléndido salon lleno de flores, y allí sobre una mesa cubierta con afelpado tapiz, depositó la preciosa adquisicion. Aquel lujo, aquel ambiente embalsamado, fueron muy del gusto de la ambiciosa jaulita.

«Que traigan el canario» dijo con acento petulante la niña mimada; y con sus manecitas gorditas, ligeramente torpes, trató de abrir la puerta de la pagoda. Un «que dura!» impaciente escapó de la boquita sonrosada y cierto movimiento de descontento turbó la dicha de la coqueta jaulita; pero fué nube pasajera que no hizo si no dejar mas brillante el cielo de su alma, asi que apareció el tan anhelado objeto. Qué momento! Una mano inhábil, ruda, tomándolo bruscamente de la modesta prisión de cañitas que encerraba al gracioso pajarillo, lo lanzó torpemente en la brillante pagoda. El alado huésped, chocó el delicado cuerpecito contra las doradas paredes y un gritito de dolor se escapó de aquella garganta melodio-



sa—varias plumitas volaron en leves capullos.
¡Oh dolor cruel, tanto mas duro cuanto su manifestacion es ménos posible! La jaulita sufria horriblemente. «Amor mio, decia, tú el deseo de mi vida, llegas á mí que te esperaba ansiosa, y mi triste suerte hace que sufras y gemas por mi causa!» Ah! porque son duras mis paredes!» «Porque no me asemejo á las flores aterciopeladas que están en ese precioso vaso! A ser como ellas, te hubiera recibido blandamente entre mis pétalos perfumados. Pero qué quieres canarito mio, yo no puedo ofrecerte sino mis dorados é inértes hilos!»

Mas, que pasa?

El canario ya no siente el golpe; salta alegre, é inquieto, de arqnito en arquito; sus ojos vivarachos todo lo miran, su pico de marfil golpea coquetamente las móviles barritas y un trino prolongado, cristalino se escapa de su garganta. El gozo inunda el corazon de la jaulita que al fin conoce la felicidad!
.....

7

Pasan los dias, dias de ventura y de dulce paz.
El canario se acostumbra á su jaulita, salta,
brinca, come, desparrama pródigo el alpiste,
frota el agudo pico contra las doradas barritas,
baña su cuerpo delicado en los misteriosos re-
tretes y desde que asoma el dia canta y trina ale-
grentemente! Cómo dar idea cabal de tanta dicha!!

La jaulita no conocía la vida. Creía que bas-
taba ser feliz hoy, para serlo mañana y pasado
y siempre.... No se preocupaba con amargas
dudas. Amaba á su canario, se sentía amada y
además tenía la dicha inapreciable de poseer
otro amigo desinteresado y fiel, que desde le-
jos la contemplaba con ternura suma. Era éste
un magnífico perro de porcelana de Delph, que
servía de florero y se hallaba colocado sobre
una chimenea, frente á la puerta, donde la jau-
lita se balanceaba noche y dia merced á un
grueso alambre. Tenía aquel perro dos ojos re-
dondos, negros, expresivos, llenos de cariño,
que estaban siempre fijos en la pagoda. Crecía
dia por dia la simpatia y á veces se imaginaba



la jaulita fuera su dicha ménos completa, si aquel amigo le faltara.

Una tarde cuando ya el sol caía y la luz se apocaba en el lujoso salon, ornado con pesados cortinados, vió la bella pagoda saltar con pasmosa agilidad sobre la chimenea, en la cual permanecía inmóvil, y confiado el fiel amigo, un animal de blanco y espeso pelaje con movimientos ondulantes y encendidos ojos, que con maligna sagacidad y erguida cola, se paseaba sin ruido entre los múltiples adornos que ostentaba la chimenea. Sintió la jaulita vago terror! Las sombras opacas de la noche entrada, envolvieron con su manto de misterio los objetos, confundiendo las formas. De repente resonó un golpe récio, agrio; algo como el crugir de cosa que se troncha. El dormido canarito despertó pavoroso y sacando su diminuta cabeza oculta bajo del ala, se estrechó palpitante contra las paredes de su jaulita.

Cuando un rayo del sol naciente puso de nuevo en relieve los objetos, la desdichada jaulita vió con profundo dolor, que su amigo de



la chimenea había desaparecido. Un suspiro ahogado se escapó de su pecho de jaulita dorada. Horror! Poco después entran en la habitación varias personas y entre ellas la preciosa dueña del canario. «Mira Mamá, pronuncia con voz temblorosa y dolorida la rubieca. «Sin duda el pícaro gato me ha roto mi perro de porcelana.» Y tomando del suelo un objeto, lo enseñaba a la que llamó Mamá.

Instante cruel! La jaulita reconoció en aquel trozo informe, dos ojos negros, expresivos y un pedacito de oreja. «El dolor existe» dijo la sensible pagoda y cruel presentimiento opri-mió su corazón. El canario inconsciente trinaba alegre y despreocupado. La voz canora del objeto amado volvió la paz a la bella jaulita

La noche es hora de misterio y a veces de pena. Las jaulitas doradas no duermen nunca y piensan siempre.

Dormía dulcemente el amarillo e inocente huésped, cobijado por aquella amiga fiel que le prestaba cariñosa hospitalidad, cuando un



sér maligno de esos que creó la naturaleza, para contrastar con las flores, los pájaros y los niños, dando un brinco ágil y mañoso, trepó hasta la esbelta pagoda. Las campanitas se agitaron. Fué el toque de á rebato que anuncia peligro de muerte. Momento de horror! Aceradas uñas oprimen las delicadas paredes; agítase convulsa la brillante pagoda sacudida por el peso del gigante monstruo.

Mortal angustia! Con redondos, resplandecientes ojos de mirar felino y hambriento, el gato fascina al timido canario, que con corazón palpitante y angustiado se apelotona y achica cuanto le es dado. La monstruosa asesina garra, destroza de un manotón el cuerpecito delicado, tiñendo en sangre las satinadas plumas. Oyese un quejido doliente, ahogado y afanososo crujir de afilados dientes, seguido de mortal silencio. Horrible! . . . La atroz carnicería está consumada! Qué queda ya del cantor alado? Unas gotas rojas y plumas magulladas, con despojos encarnados!



Pobre jaulita que no puede llorar! . . .

Cuando à la mañana siguiente vinieron à poner en órden el suntuoso salon, llegó graciosa y asanada la dueña del canario como de costumbre, à saludar à su favorito con un fresco cogollo de lechuga. Desolacion! «Dónde está mi pajarito?» Agudo grito de espanto se escapa del pecho de la niña jujetona «El gato!» esclama con acento doliente y el llanto anuda su voz. «Ah tu puedes llorar» piensa para sí la desdichada jaulita! «Cuan feliz eres!

«Que se lleven esa jaula» dice una voz airada, e invisible mano mueve à la desdichada jaulita, arrastrándola quien sabe à donde. . . .

.....

Hay en las casas ciertos sitios misteriosos, apartados, recónditos, que nunca visita el sol ni los niños; dónde las arañas tejen sus redes prisioneras, sin que nada turbe su incesante tarea.

En esos sitios silenciosos, lóbregos, es dónde van amontonándose esa serie de objetos

vàrios, heterogêneos, que el tiempo ó el capricho tornan disgustosos é inservibles. Allí pusieron ó mejor dicho arrojaron con desden, á la pobre jaulita, sobre un baul añejo y polvoroso. Nadie pensó en remover con mano piadosa unas plumitas amarillas salpicadas de sangre, unas pobres patitas yertas y un piquito amarillento que yacian confundidas en el fondo de la jaulita.

Qué doloroso martirio incesante!

Qué recuerdos crueles!

De cuando en cuando el monstruo felino rondando por el misterioso aposento llega hasta la desierta jaulita, y con chispeantes ojos, saliente y aguda garra, husmea ávido los despojos de su víctima!

La idea de la muerte no ocurre nunca á las jaulitas doradás; pero como sienten vivamente sus penas, la pobrecita se lo pasaba muy apesadumbrada.

Corria el tiempo, que nunca se detiene ni por glorias ni por penas y nada nuevo ocurria.

Secáronse las patitas del canario, las plumas reducidas á polvo se volaron; pero el dolor de la jaulita solitaria, en vez de disminuir aumentaba. Se fastidiaba!... Nadie venia!... Solo las arañas afanadas, las moscas regañonas y los inquietos ratones, que le eran tan antipáticos, rompian la monotonía de una existencia triste y solitaria.

Oh sorpresa! Un rayo de luz viene á alegrar el lóbrego recinto.

«Tómala, siquieres,» dice una voz alegre y dos personas penetran en el oscuro caramanchel.

La jaulita reconoce luego en una de ellas á su antiguo camarada, el jorobadito Camilo del almacen de la calle de la Victoria, y algo que se asemeja al contento penetra en todo su sér. Aquellos días entonces pálidos, descoloridos, hoy la parecen días felices; y si una jaulita dorada pudiera tener remordimientos, los hubiera sentido la pagoda chinesca de campanitas rojas como la flor del granado.

« Yo me la llevaré, si es que la señora me la dá, » dijo el buen Camilo; y aseguro que los gatos no han de llegar á tocarla. En mi casa no hay gatos traidores, los pobres sabemos cuidar nuestros tesoros. »

Sintió dulce emoción la bella jaulita, y cuando la luz franca del sol hizo brillar sus dorados alambres se estremeció de dicha.

Bajaron la escalera en pocos pasos; las campanitas hacían oír grato *tilin* y á breve andar llegaron á una modesta y pequeña estancia, que fué del gusto de la jaulita. En un abrir y cerrar de ojos, quedó limpia, brillante y sin asomo de la pasada tragedia. Un jilguerillo travieso y juguetón, reemplazó en ese mismo momento al malogrado canario, con gran satisfacción de la sensible jaulita. Es fama que el jilguerillo alcanzó largos días y que la bella pagoda de campanitas rojas como la flor del granado, después de no interrumpida felicidad con su travieso huésped, albergó á una parlera cotorrita, con la cual no tuvo nunca ni un sí ni un nó.....

Buenos Aires, Octubre 22 de 1879.





NIKA

A EDDIE Y CHARLEY

Puisque vous êtes beau,
vous êtes bon sans doute.

ALFRED DE VIGNY

El amor maternal, que es cosa grande,
Escabe sin embargo en el diminuto cora-
zón de una lauchita. Y en prueba de ello,
basta ver cuanto ama la cariñosa Lila a
sus hijuelas Nika y Suca. Cuidados asiduos,
vigilante ternura, nada omite la madre amo-
rosa para formar el carácter de las dos
lauchitas. Privada del apoyo natural, del
compañero, que pereció tiempo há, víctima
de su natural ambicioso y emprendedor,
Lila suple con vigilante celo é incansable
ternura la falta del padre.

Ella vá, viene, se ajita, no descansa, sino lo menos posible, para que en su oscuro retiro nada falte á los objetos de su cariño. Hace más, exhorta las pequeñuelas á la paciencia, á la laboriosidad y sobre todo á ese contentamiento íntimo, que es el mas dulce gaje de los corazones sencillos; que allá en las estrechas cuevas tiene tambien sus penas, sus ajitaciones, sus placeres, la roedora gente, pues no por ser su sentir mas escaso, es menos real.

Vivia la familia ratonesca en las cercanías del mercado viejo, colocada allí por el vigilante celo del padre ausente hoy y por disposición suprema de aquel, que no permite caiga una hoja de un árbol, sin su consentimiento.

Mercado y abundancia son sinónimos, sobre todo para quien como la activa Lila acude en hora propicia al emporio.

Cuando las estrellas palidecían en el firmamento y asomaba apenas la cenicienta luz del dia, veiase á la madre afanosa, sacar la inquieta cabecita del agujero estrecho que al merca-



do le dá acceso, y con los negros, redondos ojuelos recorrer el horizonte, con esa mirada avisada, cautelosa del descubridor atrevido, para quien todo ruido tiene su significacion. El pesado, lento rodar de los carros matutinos, que llegan á depositar su carga de frescas legumbres, pintadas frutas y olorosas flores, no le asusta; los gritos agrios de las aves prisioneras, que se ajitan apeñuscadas en canastas profundas, en triste hacinamiento, quien sabe si sabedoras de la suerte que les espera, no tiene para la activa Lila significacion alguna, que le arredre. Sabe por el contrario, que de esa agitacion, de ese caos, ha de salir el maná benéfico que la providencia le envia. Cautelosa se aventura á recojer en su hocico puntiagudo, con la ayuda de sus uñitas aceradas, lechugas frescas, rabanitos rojos, restos de zapallo, cortezas de papas y hasta uno que otro pedacito de carne.

La abundancia y la paz reinaban en *el hombre* de la recatada viuda, que aunque bella y jó-



ven todavia, habia consagrado todo su corazon al cariño purísimo de sus hijas, desde que la muerte avara la privó de improviso del amor, de su amante dueño.

Pero la fatalidad, ley terrible qne pesa sobre todo lo creado, ya sea grande ya sea pequeño, habia marcado con su sello cruel la hora de la humilde morada.

Crecian Suca y Nika ámbas á cual mas bella y despierta. En ellas veia dia por dia la madre amorosa, reproducirse con estraña fidelidad las prendas relevantes del perdido companero. Suca tenia el mismo aterciopelado pelaje gris, con reflejos blanquecinos y la manchita negra sobre la frente, tan cara á la memoria de la viuda inconsolable. Dulce era su mirada y cariñoso su acento. Nika no habia heredado del arrogante Guitú ni el pelaje brillante ni la gracia hechicera, era negra como azabache y reservada en extremo; pero en sus ojitos relucientes, vivarachos, parecia concentrado todo el espíritu aventurerò del autor de sus dias.



«No te asomes Nika» Dice la obediente Suca, «que mamá nos lo tiene prohibido.»

«Que no me asome, y porqué?» Responde la petulante Nikä, diciendo y haciendo aquello que prohibido tiene tan severamente la prudente matrona.

«Que puedo temer?» Agrega con una muequilla burlona; «si ella sale todos los días y vuelve cargada de presentes admirables? Porqué si yo saliera no sucederia lo mismo ó mejor?»

«Porqué? Responde gravemente la dócil Suca, «porque tu eres jóven e incauta; y como dice nuestra buena madre, inocente».

Nika no convencida replica: «Yo bien sé, que esos son caprichos de la edad—No creo una palabra de la ferocidad, de la maldad de esos móstruos con que nos amedrenta».

«Ah Nika! cómo puedes ser tan incrédula!...

Ese ser malvado, que aun me parece oír rugir cerca de mi como en noches pasadas, es cruel y traidor!

«Olvidaste sus ojos relucientes, su mirada fascinadora? ay! solo al recordarlo me siento morir de espanto! Y la timida lauchita como herida por el rayo, temblaba de la cabeza á la cola.

«Cobardona! esclama Nika, acariciando mimosa á su hermana, con su hociquito sonrosoado como botón de rosa bellosa.

«En horabuena, tengas miedo á ese animal que se arrastra sin gracia, con traidora malicia y salta luego con la velocidad del deseo. Pero á mi amiga, á mi diosa, á esa criatura bella, tan magestuosa, tú no puedes tenerle miedo, no es posible—Ven, sigueme, pon un ojito ahí, en esa abertura y dime si ese paraíso del cual nos cuenta mama tantas maravillas, no está del otro lado de la pared.

«Yo no voy, dice Suca, con voz temblorosa, «mama puede saberlo y llorará luego en silencio cuando nos cree dormidas, sus lágrimas me taladran el pecho.»

Vaciló Nika un momento, que en su pechito estrecho había tambien mucho amor filial; pero la tentacion era poderosa y aquel cuerpecito tenia sangre del aventurero y petulante Guitu.

En tanto la obediente, hacendosa Suca corre á poner en órden los modestos enseres del estrecho covacho, Nika cediendo al vertigo irritante, que hacia lo desconocido la arrastra, aplica sus ojuelos curiosos al agujerillo en cuestion y se estasia en muda contemplacion.

Ancho, elevado templo, de paredes relucientes de una blancura deslumbrante, se ofrece á sus miradas ávidas. En un ángulo de la fantástica estancia, aparecen en simétrica regularidad, misteriosos y bruñidos vasos de formas varias, con lujosas asas los unos, con caprichos dibujos y graciosos modelados los otros. El santuario está desierto, exhala un perfume estraño, irritante, que penetra todo el ser de la curiosa lauchita. En un rincón apartado, vése sobre un mueble de proporciones

vastas, un instrumento extraño, largo, brillante, que tiene algo de terrible y que atrae no obstante las miradas de Nika. Pero apenas las fija en aquella hoja ancha, lustrosa, su corazon de lauchita se oprime, Por que? Lo ignora, y casi tiene miedo. Pero como alejarse?

Ya llega aquel ser adorable, aquella criatura tan bella que tiene fascinada la fantasia de la desobediente Nika. Con paso lento imestuoso, aparece la sacerdotisa vestida de blanco. Cuán hermosa está! Sus formas opulentas se escapan de la leve muselina que las vela. La bondad se pinta en su rostro sonrosado, que lleva levantado hacia arriba para poder mirar al cielo, y no inclinado sobre la tierra como el monstruo felino. En vez de arrastrarse desagraciada sobre cuatro apoyos, parece que sus vestiduras esponjosas, la impelean dulcemente, como si misteriosa fuerza las animara. En el remate de sus desnudos brazos, cubiertos por algo que debe ser muy suave al tacto, aparecen unas manos sonrosadas, en las cuales brilla

un macizo anillo de refulgente metal, que la auchita no se sacia de admirar y aun de invidiar.

La sacerdotisa descubre un vaso misterioso, del cual se escapa un humo sutil, y el olor delicioso se acentúa. Como se estremece de placer la sensible Nika! Hasta le parece que su apetito se despierta. Será ilusión?

Derrepente cree la curiosilla, que la bella sacerdotisa fija en ella una mirada severa. El rubor la abraza; palpita su corazón, sin poderlo remediar, huye rápida y de esa suerte no llega á sus oídos él:

«Maldita laucha» Que profiere con voz hombruna, espumando su puchero, la cocinera de la casa del lado.....

Corren los días y uno solo no pasa, sin que Nika vaya á mirar furtivamente el encantado retrete, por largas horas. Crece el encanto, ya en vez de una sola criatura bella, hay dos, hay tres. Como una flor animada, va y viene por



la vasta cocina, que mejor es llamar por su nombre, un ser mas encantador aun que la rolliza hija de Galicia ó que el mal engestado mucamo de ancha almidonada corbata blanca, siempre de humor arisco. Pero Nika nada vé, nada comprende. Su imajinacion, su corazon de lauchita, se hallan cautivados por la presencia prestigiosa de un niño inquieto, risueño, bullicioso que corre, que rie, que charla; y cree ella tiene por su inquietud incesante, mucha semejanza con ella misma. Poder de la fantasia.

Qué no diera la ratita, por tocar con su hociquito fino aquellas mejillas aterciopeladas, aquellos cabellos rubios, como las sedosas hebras de la chala y sobre todo las manecitas blancas rechonchitas, guarneidas de deditos varios que todo lo tocan tan diestramente.

Pensativa se lo pasa la romanesca Nika y solo presta oídos distraídos á la afectuosa charla de la buena Suca, que le habla de zanahorias frescas, doradas y rabanitos rojos para la cena.



Qué son para la lauchita soñadora, esos detalles íntimos de la vida ordinaria, qué representa para ella ese botín óptimo, obtenido con corazon palpitante y paso rápido, por la madre infatigable? El espíritu de Nika flota en pleno ideal, la sed de lo desconocido la devora. La lauchita se siente arrastrada hacia aquel niño hermoso, lo ama con esa adoracion esclusiva, ciega, que es siempre el resultado del amor que parte de abajo para arriba; que amar admirando es amar dos veces.

La ingrata, halla las caricias de Suca insultosas, las desdeña con soberbia arrogancia, que al fin no son sino caricias de *laucha*, y ni siquiera confia ya á su hermana el estado de su corazon. «No me comprenderá» dice. Y ese no me comprende, que ha cerrado para siempre tantos corazones humanos, establece una valla infranqueable entre las dos lauchitas. De su madre, ni se ocupa; que los hijos lo primero que olvidan en sus nuevos afectos es la madre, hasta que llega la hora de las penas. Entonces,



acuden doloridos al materno regazo, ese albergue misterioso y seguro; estrecho si se trata de mecer hijos pequeños, ancho, si es forzoso amparar en él penas de hijos crecidos.

Amar es desear. Nika aunque lauchita, no puede ser excepcion á esa ley de la naturaleza. Su deseo se acentúa, crece y su pensamiento inquieto no tiene mas norte que aquella morada misteriosa, habitacion encantada de seres tan bellos, tan superiores á cuanto la rodea. Ay! infeliz lauchita, ya su aspiracion la ha vuelto ingrata y de sus amores de la infancia qué queda? Ni aun el recuerdo que vivifica. Su fantasia la llama á otros fines, á otra mision; se imagina ó mejor dicho, nada imagina, siente, ama, aspira!

Una noche que el sueño huia de sus ojitos fatigados, decidió Nika poner término á la agitacion cruel que la devora. Suca dormia tranquila, feliz, con esa dulce paz que es el galardon de una conciencia tranquila. La madre descansa de sus fatigas incessantes, aún está



distante el dia, y su pensamiento ni en sueños descuida el cumplimiento de sus tareas maternales.

Sintió Nika un enternecimiento vago al separarse de su dormida hermana; latió con violencia su corazon de lauchita en el estrecho pecho; venciendo sin embargo su espíritu aventurero, huyó rápida hacia el agujerito conductor. La fantasia que penetra en todas partes, salva distancias inmensas, aniquilando el tiempo, devorando el espacio, no presta sin embargo á cuerpo alguno su poder mágico por pequeño que sea. Las leyes de la materia creada son inquebrantables. El agujerito pequeño bastaba para mirar, para soñar; pero nada mas. Era menester pasar aquel rubicon, antes de penetrar en el ansiado paraíso.

Felizmente las lauchitas, aun las mas soñadoras y romanescas, llevan consigo todos los medios de salir de muchos aprietos. Su hocico agudo es poderoso, sus dientecitos blancos son cortantes y sus garritas, aceradas, fuertes

y resistentes. Para ellas el penetrar donde su deseo las lleva, es solo cuestión de tiempo y de constancia. Tiempo había, constancia como no tenerla!

El silencio de la noche fué interrumpido por un misterioso raspar incesante, sin tregua. El *fru fru* era continuo, el cansancio no se hacia sentir, que á medida que ganaba terreno, sentía acrecentar sus fuerzas con la esperanza, la paciente minera.

Cuando el lucero refulgente, como vigilante pastor va recojiendo lentamente su grey de palidas estrellas, para dejar el cielo á la naciente luz del dia, á esa hora matinal penetró Nika en el tan deseado asilo. La madre afanosa salía por un lado en busca del sustento para sus hijuelos, y por otro desertaba la aventurera lauchita *Ai dura terra perché non ti apristi!*

Llega Nika con el corazon hinchido de ilusión, de anhelante empeño al mágico aposento, y la luz que lo baña le muestra su error. No



está en el templo augusto. Pero que importa; el sitio en que ha penetrado es aun mas bello!

Las paredes se hallan cubiertas de brillantes flores y los vasos misteriosos, en vez de ser allí de reluciente metal, son cristalinos, transparentes. La luz del sol naciente refleja en cada faceta su iris resplandeciente. Es un encantamiento!

Curiosa, atrevida se pasea la venturosa Nika por el ancho aposento; su asombro, su contento no tienen límite. En el suelo hay como en las paredes flores de colores deslumbrantes; todo revela lujo, esplendor en la morada encantada. Hincó curiosa el agudo diente en la florida masa, pero solo halla algo de lanudo é insulso que la repele: las flores de la alfombra no son sino aparentes. Es lástima! Aquel primer desengaño debió bastar para calmar la ardiente fantasía de la soñadora. Pero quien cedió jamas á las voz de la prudencia...

Hombre ó laucha la desdeña dia y noche.

Además, como aquella lauchita estaba lejos de ser perfecta, y que su temperamento poéti-



co no habia alcanzado aun la perfeccion soñada, por el sobrio, entusiasta ingenioso hidalgo, Nika olio algo que despertó su apetito, y en vez de alejarse, como se lo sujeria profético presentimiento, corrió presurosa hacia un no sé que desconocido, de dónde se escapaba olor de queso fresco. Tocó el puerto ansiado y cayó en funesta emboscada, es decir en una trampa. Pero como á veces la naturaleza es piadosa, la incauta no comprendió el alcance de su infortunio, pues aquella trampa era puramente un encierro y carecia de aceradas puas para destrozar al prisionero.

El queso era sabroso y Nika qué tenia buen apetito comia afanada; iba en tanto creciendo el dia poniendo de relieve todos los objetos.

Cómo palpita el corazon de Nika! De repente fuerza misteriosa mueve el estrecho retrete; la lauchita piensa en huir, pero se siente prisionera. Pero prisionera de quien? De aquel ser tan bello, de aquella flor animada, de aquel niño hermoso, que encadena su fantasia. ¿Puede aspirar á mayor dicha?



Como sonrie cariñoso el infante de mejillas sonrosadas como afelpado durazno! Brillan sus ojos, agrandados por la sorpresa, chócanse sus manecitas en señal de contento, cristalinas risas se escapan de su boquilla entre abierta.

No abriga Nika ni sombra de temor; al contrario la dicha la sofoca, la consume.

«Dámela á mi» Dice el niño al mal intencionado mucamo, que ajita la trampa en señal de triunfo.

El corazon de Nika se dilata. Comprende que va á acercarse al precioso niño.

«A la tina» esclama el infante, que corre dichoso, asañado con la trampa en la mano.

La lauchita no se amedrenta, se siente cerca de aquel niño hermoso, de aquel ser superior que de cerca es aun mas bello que de lejos; y apesar de que su cuerpecito delicado se choca contra las barras de la trampa, ella no teme, no sospecha, espera siempre.

De improviso la mano protectora la abandona, flota el bajel que la encierra ; pero los oji-



tos de la prisionera están fijos en la brillante mirada del querubin. Cuán bello es! Rie, sus labios purpurinos enseñan una hilera de blancas perlitas. Nika siente frio; pero aun no teme. Fresca carcajada resuena bulliciosa. Horror! el agua sube; la lauchita se sobresalta, quiere huir; el miedo oprime su pechito. La pobreccilla trepa afanosa en lo mas alto é implora con sus ojuelos al precioso niño; pero éste se inclina mañoso, sobre el borde de la tina y con su manecita de gigante hunde sin piedad la trampa!

Desborda el agua, Nika se agita, lucha en vano contra el líquido cruel, siente la muerte que llega, y ya solo alcanza á pensar con la rápidez del morir: «Tan bello y tan.....

Rie el niño gozoso, aplaude con feroz crudidad el grosero criado y sobre la humeda tabla de la trampa, que flota de nuevo, yace con el corazon para siempre acallado la desventurada lauchita.

Enero 7 de 1880.



CHINBRU

A DANIEL

Hélas ! Il était malheureuse !!
V. HUGO.

Allá en los tupidos montes del Gran Chaco,
dentro del tronco hueco de un elevado
timbó, vivia una familia dichosa. Nada le
faltaba.

El sol caliente, bañaba durante el dia con
sus rayos amorosos las frondosas ramas, las
hojas aterciopeladas del árbol magestuoso; y
cuando caia la noche, refrescando con sus bri-
sas puras y su rocio plateado, cuanto el sol
habia marchitado, el contento de los pequeñue-
los, que eran varios, no tenia medida.

Trepar por los cedros encumbrados, arran-
car naranjas, hincar en ellas estrujándolas el



■

agudo diente, chupar azucaradas vainas de algarroba, lanzarse las cortezas de sabrosas bananas, hacer resonar el monte con gritos agudos, prolongados, que el éco devuelve; correr carreras locas por la espesa maleza, esconderse traviesos en los troncos repletos de agua cristalina y fresca en bulliciosa algazára, eran juegos gratos á los picarillos monitos, que no cuidaban ni poco ni mucho del largo de las horas ni del pasar del tiempo.

Habia sin embargo, entre los negros macaquillos uno, que no parecia contento de la suerte dichosa que le dispensára la madre naturaleza.

«Siempre los mismos árboles» decia en sus adentros el monito. «Siempre los mismos juegos, las mismas frutas! Es como para cansar á un mono!»

Tenia razon quizá, el descontentadizo émulo del hombre, que placer repetido suele volverse insipido.

Pero esto no quiere decir, que Chinbrú,

así se llamaba el monito, hiciera bien en huir, como lo hizo por fastidio en hora menguada, del *home* materno, dónde dejó á su amorosa madre sumida en duelo por muchos días.

Pero que pena no se amortigua ya en las selvas, ya en las ciudades. Mona ó mujer susceptible es de olvidar, y en ello piadosa se muestra la suerte.

Corria, saltaba en libertad ilimitada el ajil Chinbrú por entre troncos, malezas y flores, entrujando á su paso cuanta fruta hallaba á su alcance y que su apetito saciado desdeñaba; columpiándose travieso y perezoso en las lianas intrincadas, amorosas que de los árboles pendían, enlazándolos en fresco, verde laberinto, y gozándose no poco en lanzar á puñados al vientre con sus belludas manecitas, olorozos azahares, que cayendo luego en lluvia plateada sobre su cabecilla grotesca y detenidos allí entre los ásperos pelillos de su rugosa frente, le daban un airecillo de novia africana, muy chusco.

El gozo de Chinbrú no tenía límite, se le fi-



gura no corrió nunca mas á sus anchas, no vió flores mas flores, ni comió frutas mas sabrosas; en cuanto á los árboles, eso si que son árboles!

Correr, saltar y comer sin medida ni tréguia, son cosas muy gratas; pero es fuerza reconocer que Chinbrú, aunque monito, tenía aspiraciones de una esencia mas elevada, y en prueba de ella, hélo aquí solo, alejado de sus hermanillos, todos amables macaquillos, en busca de algo, que no sea siempre correr, siempre triscar, que tal fué su conato al desertar del frondoso timbó del Gran Cháco.

Pretende un autor algo esceptico, que los paisanos y los animales, no aprecian, no sienten las bellezas de la naturaleza; no ven ni el sol que dora los campos con sus rayos ambarinos, ni la luna melancólica, cuando platea con su luz discreta las aguas del arroyo. Yo no pienso así.

Creo que los seres que mas en contacto viven con el sol, con el rocío, con las plantas,

Φ

con la lluvia, sienten, comprende á su modo, es verdad, cuanto hay de grande en esas manifestaciones de la potencia divina, de las cuales depende tan directamente el propio bienestar, el logro de esperanzas caras; que el hombre de los campos riega siempre con el sudor de su frente. El poeta que canta, el naturalista que estudia, no comprenden mejor la humilde espiga de trigo, que se inclina al soplo del viento, que el cultivador afanoso, cuando admirando el grosor de los granos dorados de sus meses, vé en cada espiga, pan y abundancia para los seres amados. Toda aspiracion eleva el hombre y lo acerca al Creador, fuerza motriz de cuanto vive y se ajita.

Pero cuán lejos estoy de Chinbrú; y el pícarillo aprovechando de mi distraccion, salta, que trepa, trisea que huelga, mirando curiosamente cuanto cae bajo el rayo de sus ojitos, relucientes como chispas, ha salido del bosque y ya va medio desalentado, arrastrando una patita coja, por un ancho sendero sin árboles ni malezas; pero en cambio árido y polvoroso.



«No hay acaso». Dicen ciertos filósofos, y creo tengan razon; pero como llamar á la ley ó fatalidad que enfrentó á Chinbrú el viajero, con su destino andante, en la persona del Signor Gian Battista Regnano, Genovés entrado en años, adusto y mal entrazado, con menos ilusiones que pesetas, lo cual no es poco decir. Il Signor Gian Battista no tenia porque alabar-se de su suerte, que era, lo reconozco, perversa y constante en demasia; razon sin duda por la cual el ambulante artista era con cuanto á la mano le caia tan perverso y desapiadado, como la suerte su madrastra, lo era con él mismo.

«Per Bacco! Esclamó gozoso el adusto organista, al ver á Chinbrú, que volvia inquietas miradas al rededor; y tendiendo un lacito trenzado de seis, que nunca le faltaba, dió hábil caza al vagabundo monito, cortándole asi de un golpe libertad é ilusiones.

Estraño! Chinbrú no sabia lo que era el dolor; pero lo reconoció desde luego, sin que nadie se lo demostrara con silogismo ni metáfo-

ras. Ciento que el dolor físico pues el lácito le ceña el pescuezo, le dió cumplida idea, de que fastidiarse no es sufrir, por mas que así lo pretendan los esplinados hijos de Albion; y comprendiendo el dolor físico, descubrió el moral.

Gian Battista vió buena presa en el precioso monito, que tal lo era, y desde luego se propuso no maltratarlo mas de lo necesario, sacando de él todo el partido posible, para honra y provecho de su vacía escarcela.

Como la ilusa lechera del buen Lafontaine, nuestro Italiano vió en Chinbrú y en su organillo tísico, una fuente perenne de riquezas. Ya le parecía ver llover los reales, las pesetas, y en su calidad de hijo de la musical Italia, entonó *sotto voce* y casi inconciente el «Gia viene l'oro, gia vien l'argento» del Barbero, en tanto examinaba minuciosamente su presa Decidió Regnano sin tardanza, como hombre que conoce el valor del tiempo, ganarse la buena voluntad del macaquillo y puso mano á la obra.



Quien no ha comido pan, ese delicioso manjar compuesto de elementos tan sencillos; pero que combinados forman el alimento por escelencia! Ese pan que nunca sacia y que dá realce á cuantas golosinas, aguzan las facultades degustativas del hombre!

Un pedazo de pan, no muy blanco, ni muy blando, fué el primer eslabon de la cadena de servidumbre, que debia por tanto tiempo atar el andariego monito á su cruel amo.

Chinbrú halló el pan muy de su gusto y tambien no desagradable para descansar su cabecilla hueca, la ancha tapa del organillo, que Gian Battista cargaba sobre sus robustas espaldas con grande maestria.

Cuando despertó de un largo sueño el errante macaquillo, oyó algo que le recordó su perdido timbó y por algunos instantes la ilusion pasó casi á ser realidad. Un concierto de pajaritos, saludaba al parecer la venida del dia con alegres gorjeos. Oh sorpresa! En vano se refriega presuroso los pesados ojos con sus



patitas vellosas; árboles no vé ni mucho menos pajarillos. La música está en sí mismo.

Su asombro es grande. Busca, rebusca; y una voz ronca le saca bruscamente de su perplejidad, acompañando estas palabras con un fuerte sacudón.

¡¡«Per, Bacco, ¡mono haragan! *Bisogna* pagarme el pan que has comido!!»

No entiende el sentido de aquella frase el pobre Chinbrú; pero comprende que lo maltratan y que la música sale de aquel misterioso asilo, dónde descansan sus patitas.

No hay maestro como el dolor; si las madres no fueran madres, cuanto no alcanzarían de su prole con el sistema del educacionista americano Horacio Mann, que tanto recomienda el látigo (*even forgirls*) (hasta para las niñas), que el Signor Gian Battista exageraba con barbarie digna de un salvaje.

Látigo y hambre, que dos palancas para levantar un mundo de monitos y aun de chiqui-

llos! Pobre Chinbrú, que es fuerza conocer ya por el nombre expresivo de *Morino*, con el cual le ha bautizado su amo.

Era éste hombre de ingenio, y à no ser por su natural perverso, hubiera podido con solo tomarse un mes mas, alcanzar del bien dotado Chinbrú, de Morino quiero decir, cuantos talentos y perfecciones logró inculcar al monito, con un rigor desmedido, en el muy corto espacio de cinco semanas. Pobre macaquillo que aprendió à bailar la polka primorosamente, el ejercicio de fusil à la Prusiana, à hacerse el muerto y hasta à adivinar en una sociedad quien era la persona *mas enamorada*. Pero à que precio mordió el inculto habitante de las selvas en el árbol de la ciencia!

El látigo cortante había surcado cruelmente sus carnecitas delicadas, raleando su tupido pelaje, àntes reluciente y espeso, hoy deslucido y escaso. Las penas del corazon empañan la belleza, como el orin toma el acero.

Comer apena, trabajar sin trégua y sobre



todo perder la libertad, es peso mas que excesivo para caer de un golpe sobre el corazon de un triste monito.

Cuando el desventurado Silvio vió cerrarse tras de si las pesadas puertas del sombrio Spielberg, su corazon de hombre se contristó y su espíritu elevado cayó en tinieblas. Que mucho que el desgraciado Morino, perdiera el brillo de sus ojitos, la agilidad de sus miembros y que lenta agonía consumiera sus fuerzas. En dónde estan los árboles del Chaco, las flores olorosas, las sobrosas frutas abundantes, que su caprichoso apetito desdeñaba y sobre todo la libertad, la dulce libertad, bien precioso que tanto anhela el hombre y aprecia todo ser viviente!

Durante el dia ir de puerta en puerta, que à fuerza de caminar ha llegado Gian Battista con el organillo y Morino á una ciudad vasta, donde no hay árboles sinó casas y ruido y polvo y sed y látigo, siempre látigo, es tarea cruel muy cruel!

«Signore miei, venite. Ecco Morino Macaco famosissimo que sabe *ttuto ttuto!*»

Agólpase la multitud de Chiquillos, de sucios mendigos, de trabajadores sin trabajo «*attenzione alla musical!*»

Morino siente la mirada punzante de Gian Battista sobre si y la sangre tada se le agolpa al corazon.

El Italiano mueve el manubrio y el destemplado son del órgano hace oir una polka de Strauss, que el mismo maestro reconociera con dificultad. Esa es la señal. Salta agil Morino de la caja y viene á caer con pasmosa presteza, delante del circulo de curiosos.

Una carcajada general acoje esta primer proeza.

En la vuelta de carnero obligatoria que ha dado el mono, su traje de ancha cola y abuchados volados, se le enrëda en las piernas, descubriendolas al mismo tiempo de la manera mas ridicula y anti-femenina. La muchedumbre vulgar quë adora las disonancias, rie,



festeja, aplaude y su buen humor lo acrecienta la expresion adolorida del mono engalanado, que se levanta con su gorra de plumachos ladeada y abollada como sombrero de borracho. El efecto es siempre idéntico. En todo el litoral de la República Argentina el salto de Morino ha alcanzado igual éxito. Y sin embargo, ese salto es lo que mas azotes ha costado al infeliz monito!

«Salta» Decia el amo y con agilidad de mono saltaba Morino.

Zás! Un látigazo. Hilaridad de la concurrencia, que lo cree parte del programa.

Ricomincia per Bacco! Y el macaquito saltaba de nuevo.

Zas! Tras! *Ricomincia* y el látigo caia sin piedad. Risas, risas! Zas! Zas! Saltaba con el corazón oprimido y ojos enturbiados por el llanto, sin saber lo que de él se queria el desventurado Morino, y el látigo crugia de nuevo otra y otra vez. Oh dolor cruel! El desdichado

animalito, que saltaba lo mejor que podia, no sabia qué exigia de sus miembros fatigados el verdugo infatigable.

Zás! «Salta Morino «Salta exhausta la victima con la fuerza de la desesperacion.»

«Ecco, bravo! El látigo está inmóvil, la fatiga, ha hecho lo que no alcanzaba toda la atencion, toda la agilidad del intrépido monito. Llegó por fin Morino á imaginar que lo que debia hacer era saltar alto, muy alto y dejarse caer luego pesadamente, y caia y se hacia mucho daño; pero de esa suerte evitaba el terrible látigo y su sufrir era menor.

Cuántas veces en el rincon fétido de un estrecho caramanchel, dónde pasaban las noches el amo y su victima, el uno bebiendo, el otro sin poder conciliar el sueño, que la faltiga estremada y el hambre, producen la misma enervacion en los animales que en los humanos, se preguntaba el monito «Como debo saltar? Qué le falta al brinco que ejecuto?» Y á fuerza de pensar y sufrir, llegó á encontrar el ideal de la



capriola, que soñaba el artista Regnano. El mal humor de este hombre perverso era ya desmedido, le habian hecho pagar en el vapor por el mono; y su mala suerte quiso que abordo nadie apreciara los talentos del infeliz Morino, que se lo pasaba apoyado tristemente contra los cordajes del buque, mirando el correr del agua con unos estráños deseos de saltar con *maestria*, hacia ese liquido blanco, espumoso, que parecia blando y atrayente. Gian Battista era hombre astuto, y viendo lo que pasaba en la cabecilla del monito, lo encerró debajo de llave y solo lo sacaba para hacerle ejecutar *gratis* algunas gracias, como via de *prove*. Su objetivo era Buenos Aires.

Llegó el tan ansiado momento ; Morino y su amo desembarcaron en la gran ciudad y empezaron las representaciones desde el muelle.

Vestia el monito un vistoso traje de seda amarillo, con galones de plata, de una anchura desmesurada, que volvia en estremo pesado la ancha cola esponjosa, que barria el suelo.



Gian Batista había confeccionado él mismo aquel traje, gracias á sus reminicencias de cómico ambulante allá en sus buenos tiempos, exagerando las dimensiones, para realzar así la talla mezquina del danzante. «*Peccato* decía, que no se le puedan poner botines.»

Para completar el lujoso atavío, llevaba Morino sobre su cabecita fatigada, un gran turbante de lana blanca, rematado por cascabelitos relucientes, cuyo incessante tilin causaba angustioso malestar al nervioso monito.

La multitud acogía simpática al organista y su discípulo, y en pocos días hizóse popular en el bajo y plaza de la Victoria el habilísimo maquillo.

Ironía de la suerte ingrata! Morino representa para todos los chiquillos que han alcanzado la dicha de verlo bailar, de admirar su donosura y agilidad, el tipo de la dicha. Que mayor contento cabe en pecho mortal, piensan los niños, que bailar todo el día, saltar y diver-



tirse sin tregua al son de acorde música, que tal lo es para sus oídos incultos, el agrio son destemplado del organito. Aquel lujoso atavio les deslumbra y fascina, y mas de un juvenil estudiante envidió el dulce vivir de Morino, cuyas galas cubrían siempre las anchas cicatrices rojas de su demacrado cuerpecito. Quiza la amarga pena del desdichado, hubiera encontrado algun consuelo en aquella admiracion de los niños, que lo hallaban precioso, al saber que hasta envidia escita su bailar, su continuo saltar. A haber sido hombre ó niño, aquella satisfaccion de su amor propio hubiera de seguro sido bálsamo blando para su quebranto. Pero Morino aunque avisado é ingenioso, no era sino un pobre monito, y como tal, menos susceptible de consolarse con parecer y no ser.

Un dia, dia nefasto, el calor era exesivo y desde la mañana no habia probado Morino sino una tajadita de melon; sin embargo de haber atravesado con su amo un vasto mercado atestado de frutas. Aquellas frutas tantalizaban al desdichado animalito, como no se posible



espresarlo con palabra alguna; vértigo horrendo paralizaba sus fuerzas y una mezcla de hambre y de nostalgia derribada sus potencias. Il signor Gian Battista se ofrecía de continuo copiosas libaciones y con un «Piú tarde carino» y un guiño chocarrero de sus ojos torvos, exhortaba al macaquillo á la paciencia.

Gian Battista habiendo esplotado ya ciertos barrios, pretendía en su ambición ilimitada luchar con las calecitas de la plaza de Monserrat, dónde hay siempre gran afluencia de chiquillos y sirvientes.

El Italiano se abrió paso á fuerza de música y algunos codazos bien aplicados y comenzó sus agrias melodías.

«El mono! el mono» Resonó por la vasta plaza y el enjambre de cabecitas rubias y crespas, desertando las calecitas, rodeó en el espacio de algunos segundos al organista.

Apesar del hambre y del cansancio, Morino saltó admirablemente y saludó luego con suma

gracia la *compagnia*. Fresco coro de risas infantiles aclamó al monito y lo llamó con calor y repetición monísimo! monísimo! Empezó la Polka y el entusiasmo no tuvo límite, que el público porteño es vehemente y apasionado, ya lo compongan admiradores entendidos de alguna prestigiosa diva, ya los infantiles abandonados de las calecitas en la plaza de Monserrat.

«Bravo monito! Bravo esclamaban los chiquillos, batiendo las menudas palmas, y llovían reales y pesos sobre la cajita de lata, que con gracia y desenvoltura presentaba Morino al cordón de caritas risueñas, que formaba estrecho círculo al organista.

De repente un rubiecito de ojos chispeantes, que mordía distraído un jugoso durazno, vió llegar a Morino, que con manita temblorosa le presentaba la cajita. El pobre Morino había visto el durazno y tenía, como dicen, el corazón en la boca.

El niño leyó en la mirada del monito, tanto deseo, tanto, que dejó caer el durazno en la ca-

jita, diciéndole con grande emoción: «Para vos monito.» «Es para vos.»

Morino se arrojó sobre el mordido durazno, con todo la avidez del hambre y de la sed combinados. Un latigazo vibrante, derribándolo con la rapidez del relámpago, cruzó su frente con surco de fuego; brotó la sangre roja y las manecitas ávidas dejaron escapar el durazno, que fué rodando por el suelo ensuciándose hasta perderse.

Un choque eléctrico agitó la apiñada multitud, rompiendo el círculo de espectadores. Oíase confuso murmullo de voces.

«Mono del Diávolo!» Esclamó el Italiano, y se oyó un: bárbaro! bárbaro! acompañado de agudos sollozos y lamentos infantiles.

Llegó en ese momento un vijilante y como preguntarse al organista la causa de aquel tumulto, éste respondió con acento contristado:

«Niente signore. *Il mio mono infermo!*»

—

Los niños se alejaban silenciosos, contristados. Un solplo de tristeza habia invadido la alegre plaza, acallando los bravos y las risas.

Inmóvil tendido largo á largo donde mismo cayó como herido por el rayo, yacia el ágil monito con el vistoso traje cubierto de polvo, los ojos cerrados y el blanco turbante teñido en sangre. Estraño fenómeno, Gian Battista, aquella naturaleza brutal, no se atrevía á acercarse á su victima: habian allí tantos niños.

El vigilante se aproximó al monito, lo tocó con delicadeza y dijo:

«Parece muerto!

Y lo estaba.

.....

Duerme Chinbrú debajo de dos frondosos naranjos, en una florida huerta.

Cuando el rubiecito Enrique, causante de tanto duelo, llegó á su casa, poco distante de la plaza, los sollozos anudaban su garganta y de

sus labios afiebrados se escapaban estas palabras:

El monito! El monito!!

Esperando al hijo amado en la puerta d^e calle, hallábase el padre; y como el dolor del niño fuera tan agudo, interrogó aquél presuroso á la sirvienta.

En pocas palabras narró el desastre la sencilla Bascuence, y el hombre generoso y sensible corrió á la plaza, movido por un doble impulso, la compasion y la justicia.

Gian Battista Regnano, quizá por la primera vez de su vida se hallaba perplejo, «*Embal-samar, cuesta plata,* murmuraba, rascándose la cabeza. «*Ed io non me ne intendo Peccato, ma..* y despues de despojar al muerto Morino de sus galas, iba á abandonar allí su cadáver merced á las sombras de la noche; cuando oyó una voz, que le pareció al malvado venir del cielo, decir «Cuánto quiere vd. por el monito; yo me encargo de él»



Oime, madonna mia!

Comenzó el hipócrita Italiano á esclamar.
«Miera così caro! . . . Ma . . . cinquanta pesi».

«Tome vd. y basta» Cortando asi el torrente de gracia y lamentos que brotaba de los lábios del afortunado Gian Battista. Y aquí seria del caso hacer alguna reflexion sobre la suerte que de continuo tienen los malvados; sino fuera cosa sabida, que el hombre juzga siempre de las cosas por las apariencias y que las mas veces, éstas son engañosas.

Con piadoso celo, recogió en su blanco delantal el cadáver del monito la Bascuence y siguió en silencio á su patron, que murmuraba algo de poco elogioso por cierto, sobre los ambulantes hijos de la Italia.

Dormia ya consolado el rubio Enrique, en los brazos amorosos de su madre, cuando el jardinero, que segun su ingenuo decir, entendia de muertos, despues de convencerse de que ya solo la tierra podia ser provechosa al yerto mo-

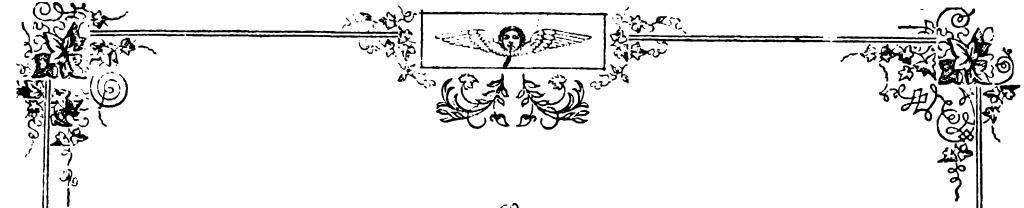


nito, le dió piadosa sepultura, debajo de los dos mas bellos naranjos de la huerta.

Y de esa suerte, en la estacion amena de los azahares, una lluvia florida y olorosa, cae sin cesar noche y dia sobre la estrecha tumba del desdichado Chinbrú, á quien me place de nuevo dar este nombre.

Marzo 22 de 1880.





Pascua

A EDA Y MANUEL

Dejad venir á mi los
DÍOS.

El divino maestro que amaba á los niños
y á los pobres nació en un pesebre. Cuando los Reyes Magos, guiados pór la estrella refulgente que les marcaba el camino, llegaron á Belen, hallaron al Salvador del mundo, al que venia á derrocar los idolos paganos, sobre un mownton de paja, rodeado de aparente miseria y de un nimbo de luz divina.

El dia del nacimiento de Jesús, ha sido desde que el cristianismo brilló para la humanidad, dia de dicha, dia de gloria !

Jesús venia á predicar la paz, la caridad, el amor ; y grandes y pequeños en la tierra aco-
jieron su doctrina con el corazon abierto. Solo
con el andar del tiempo comprendieron los ti-
ranos, los opresores, que la ley del niño Jesús
les era contraria y la division empezó á turbar
los espiritus.

Noel fué el grito de alegría que lanzaban los pueblos de la Edad Media, para significar su regocijo en los momentos solemnes. *Noels* se llamaron los cantos de alegría, que las trovadores entonaban en honor del Salvador en los banquetes suntuosos, que precedian á la fiesta religiosa, celebrada por la iglesia, al llegar el límite del dia veinte y cuatro, cuando el reloj de las catedrales gólicas marcaba la hora mística y que las campanas á todo vuelo hacian resonar los aires con sus alegres repiques.

Todos los pueblos europeos celebran el dia de Pascua; *Noel* en Francia y *Christmass* en Inglaterra y Norte América , y lo consagran sobre todo en los pueblos sajones, á divertir y festejar los niños.



En los Estados Unidos especialmente, ese es el dia por escelencia para las diversiones de un carácter intimo y familiar.

Es el dia de la infancia.

El *Christmass tree*, árbol de la misa de Cristo, es algo de mágico que tiene en suspenso el corazón de los pequeñuelos, durante las últimas semanas que preceden el dia de Pascua.

La madre, las hermanas mayores, los amigos, se reunen, se conciertan en secreto para completar la sorpresa con que van á deleitar á los niños de la familia ; todos los años se repite la misma grata tarea ; crecen los niños, pero el dia de Pascua los halla siempre dulcemente inclinados á dejarse *sorprender*. Misteriosas cajas, paquetes de variadas formas y dimensiones entran y salen sin cesar en continuo va y viene de sirvientes, pajecillos ó parientes. Los niños, que saben ser reservados cuando les conviene, todo lo ven y nada aparentan ver, conocen que aquel movimiento, aquella agitación tendrán grato resultado ; esperan, confian y callan.



En la tarde del gran dia revisten sus trajes mas lujosos y con el corazon palpitante se preparan para el momente critico. Así que cae la noche, se reune la infantil cohorte y es conducida en silencioso recogimiento al misterioso aposento donde está la esperada sorpresa.

Descórrese un cortinado y aparece el árbol ! Tumulto de voces infantiles, clamoreo delicioso acoje su aparicion, y no hay poder humano que contenga á los chiquillos.

Un pino esbelto y verde se levanta en elegante espiral en el centro del salon, sumergido en densas tinieblas, para que así se destaque mejor las mil luces que adornan el árbol y sobre todo la refuljente estrella simbólica que remata su cumbre. En cada rama hay un sinnúmero de lucecitas, gracias á las cuales brillan, con mágico primor doradas cajitas, muñequitas coquetas y galanas, brillantes soldaditos, navelitas de azúcar, barrilitos plateados y abultados, repletos de confites sabrosos, floreritos, macequitas con doble fondo, en el cual se ocultan dul-



cesitos sabrosos, que en la fiesta de los niños debe haber la ilusion para los ojos y lo sólido que estimule el paladar insaciable de la infancia.

Merced á cintitas de colores varios, se balancean coquetamente los misteriosos juguetes, que parecen nacidos sobre el árbol, como oí decir una vez con encantadora ingenuidad á uno de mis diablillos.

La hermana mayor ó la madre, van con una gran tijera, cortando del árbol los juguetes mantenidos allí por las cintitas. Se oye entonces un clamoreo encantador de «á mi!» «á mi!» y un enjambre de manecitas blancas se agita en deliciosa confusión. Las velitas de cera del árbol se van consumiendo y tónico olor de resina perfuma la habitacion. Oh! memorias!

Sale la bulliciosa turba infantil con su precioso botin de juguetes y dulces, y vá á esperar la hora de nuevos misterios. Al desnudarse, cada niño tiene buen cuidado de colocar una mediecita ó un zapatito, de los que acaba de quitarse, cerca de la chimenea ó de la ventana,



para que á las doce de la noche venga el niño Jesus á poner allí el regalito, que hace infaliblemente cada año á los niños buenos. En la casa del pobre, el zapatito roto, la media agujereada, y en la del rico, el elegante botín de raso y la media calada, están ahí como emblema de fé! ¡Que madre por pobre que sea, deja vacío el zapatito ó la media!

En Inglaterra, donde el rigor del invierno cubre en ese momento del año las calles, los campos de espesa nieve, vése á los paisanos cubiertos con pesadas capas y abollados sombreros, recorrer largas distancias para venir á festejar con bulliciosa alegría el *Christmass* en familia. ¡Cuánta alegre cancion (*Christmass Carols*) y cuántas libaciones escesivas á veces, es cierto! Pero es dia de gloria, y por pobre que sea una familia, nunca le faltáran, aunque mas no sea, castañas asadas á la lumbre de Pascua.

En Paris, la elegante metrópoli del bullicio y de incredulidad, la noche del 24 de Diciembre, la animacion de las calles adyacentes á las

[A small decorative emblem featuring a figure with wings and a halo, flanked by floral motifs.]

grandes iglesias, toma immensas proporciones. En la Magdalena, en San Eustaquio y San Agustín se canta la misa de *minuit* con una magnificencia y una pompa dignas de los tiempos del gran Constantino. Las naves resplandecen, flores olorosas, (á pesar de que allí no es Pascua Florida) mezclan su perfume suave con el del incienso y la mirra; la música mas bella y armoniosa con que puede soñar la mente de un cristiano ferviente se eleva en místicos acordes hasta el trono del Altísimo!

Todo el París elegante acude á esos centros; los unos creen, los otros no creen, pero la música que allí se ejecuta es magistral, que en esa noche se dan cita en las iglesias los mas afamados organistas y mas cumplidos cantantes del mundo. El tumulto es grande. Difícil tarea la del grave *gardien de la paix* para luchar con las femeninas exigencias; felizmente para el honrado municipal, por orden del Arzobispo de París se cierran todas las iglesias *así que estan llenas*. Ay! de los retardatarios.

Concluida la misa, salen los asistentes segun



sus gustos y sus medios á terminar la velada, ya en el seno de la familia alrededor de una cena compuesta de semblantes amigos, ya en los gabinetes particulares del Cafe Anglais ó de la Maison Dorée. Esa noche se cena y no se duerme.

En París he asistido en casa de la destronada reina Isabel, á un Arbol de Navidad. Por temperamento y por educacion, me he dejado deslumbrar rara vez por la pompa real, y la rama de Borbón de España es la ménos adecuada para hacer brotar en un espíritu verdaderamente republicano, admiracion exesiva por el lujoso oropel de los tronos. Pero confieso que por primera vez reconocí en la destronada soberana, tan criticable bajo muchos puntos de vista, á la descendiente de una estirpe real. La vi rodeada de su augusta prole, presidir con sencillez y majestad á la ceremonia del árbol divino. Las princesitas alegres y vivarachas, como niñas del pueblo, presentaban un conjunto de gracia infantil y elegante sencillaz muy tocante; á la reina, que tal lo parecia, habiale prestado majestad y grandezza la madre.



Allí vi á la buena Princesa Mercedes, cambiar con su Alfonso, de esas miradas que el corazon apasionado de una mujer amante, ya sea princesa real ó humilde *bourgeoise* solo cambia con el elegido de su alma.

El destino avaro habia marcado ya con mano ferrea la sien de la enamorada princesa. Y en tanto se tejia en Bruselas el delicadísimo velo que debia cubrir la púdica cabeza de la esposa Reina, la Parca despiadada, acortaba mas y mas el hilo tenué de aquella existencia.

Cuanda la campana del Escorial al toque de las doce, recuerde á la Capital de las Españas que ha llegado el momento dichoso de celebrar el nacimiento del niño Jesús, Don Alfonso feliz, orgulloso, teniendo á su lado á su nueva esposa, la descendiente de los Césares de Occidente, ¿recordará á la jóven Princesa que duerme sola en su tumba de Reina?

No !

Y será mejor.



La naturaleza es madre piadosa y Dios quiere que de la muerte nazca la vida. Duerma en paz la dulce Mercedes, que fué tan amada y no turbe su dormir el nuevo consorcio. Es casi seguro que en la próxima Navidad vendrá un infante real á alegrar con su presencia el solitario palacio de los reyes de España. Qué suerte le quepa á ese infante, nadie lo sabe; pero será un niño mas, un botón mas de rosa en el ramillete de humanas flores; y como todo lo que nace, traerá consigo algo de esa patria lejana desconocida. Bendita sea la infancia! ya sea la del obrero ya la del hijo del Rey.

25 de Diciembre de 1879.





BIMBO

C U E N T O

A ADELITA

Si la belleza fuera en este mundo de injusticias segura prenda de ventura, quien como el bello Bimbo pretender pudiera á mayor suma de dicha! Negro como el azabache, reluciente y suave como capullo de seda virgen, su pelo ensortijado parece querer competir con el brillo de sus ojos expresivos, profundos, de humano mirar. Aquellos ojos cargados de pensamiento, de ternura, son tan admirables, tan luminosos, que hacen olvidar las aterciopeladas profusas orejas del king charles, cuya nariz negra y diminuta, revela como su obscuro paladar rayado, la pureza de

su estirpe. La raza del king charles, á quien dió su nombre el desdichado Carlos Iº, es considerada como la especie canina mas aristocratica en el Reyno Unido. En uno de los retratos del decapitado monarca, que con mano maestra pintó Van Dyck pocos años antes de la real catástrofe, vése al soberano de Inglaterra vestido todo de terciopelo negro, con un bellissimo king charles sobre las rodillas.

Bimbo no era tan solo bello, la gracia y preciosura de su cuerpecito delicado, las manchas encendidas que como estrellas de ambar resaltan sobre las sedas de su frente, y que los Franceses llaman fuegos, aunqué pintorescas, tanto quanto su poblada y lujosa cola, rematada por crespo penacho, no son sino medianos atractivos, comparados con las dotes preciosas de su corazon y de su mente. Ria quien pueda. Yo les concedo á los perros inteligencia y sensibilidad; y á bien que en ello no les hago favor alguno.

Quien como Bimbo conoce el humor cambiante de la preciosa Elvira su dueña, mima-

da morenita de encendidas mejillas y picaresco mirar. Quien adivina el pensamiento fugitivo y luminoso, como brillante exhalacion, de aquella cabecita tan linda, como caprichosa?

¡Aqui Bimbo, aqui! dice la locuela, levantando su dedito afilado, y Bimbo solicito con ojo dilatado y oreja erguida, se planta sobre sus patitas traseras frente á su ama en actitud atenta y reverente. Las pupilas del king charles despiden luz, y parecen penetrar el recóndito pensar, el fugitivo deseo de su dueña. Quien podrá medir jamas el cariño de un perro! Que pasion podrá luchar con esa abnegacion incansable, con esa dedicacion de todos los instantes, con esa constancia á prueba de ingratitud, de ausencia y aun de muerte! Que tipo de amador perfecto nos presenta la historia ó el arte, que haya realizado aun á costa de inmensos sacrificios y de privaciones, lo que para un perro fiel, que dá tanto y se contenta con tan poco, es cosa facil, y diré mas, natural. El perro es una manifestacion viva, de lo que podria llegar á ser el cariño, en un ser mas perfecto que la criatura humana.



Si Elvira la golosa no come y muy á su pesar obedece mustia, descontenta, quejumbrosa las estrictas órdenes del severo Doctor, que la vió nacer, y se lo pasa mal engestada y pedigueña, en el coqueto rosado lecho, desde dónde tira- niza toda la familia con antojos estrafalarios, privada de golosinas y de frutas, Bimbo tendido delante de aquella camita estrecha, que es su mundo, con los amorosos ojos fijos siempre en su dueña querida, no solo olvida el propio apetito, sino desdeña el alimento que otros le brindan.

Si la bulliciosa morenita alegre y juguetona, corre entre las plantas floridas y los frondosos árboles de su huerta, quien como Bimbo es habil para jugar al escondite? Y si se trata de ocultar un pañuelo, hay acaso otro mas travieso gallo galguero y gentil caballero?

Elvira lo ha declarado á su primo Julian con arrogante franqueza.

«¡Mas me gusta jugar con Bimbo, que con tramposos!»

—

Bien lo sabe el agudo perrillo ; y cuando los
primitos en constante paz armada, que nunca
dura dos dias, conciertan alegres y misteriosos
alguna partida ; el king charles no les pierde de
vista un segundo y con oido atento y ojos in-
quietos, sigue los movimientos de los niños sin
pestañear ; parece beber sus palabras.

«Diantre de perro! Esclama el no muy atico Julian, vigoroso muchachon de once años, que hace derramar mas de una lágrima á su pre-
ciosa primita. «Parece que adivinara lo que
te quiero decir».

Rie Elvira ; y Bimbo que lee en las miradas
de su dueña, como el antiguo Caldeo en la bo-
veda estrellada, sálta agil jugueton sobre sus
rodillas, y con sonrosada lenguita devora á
caricias á la bella Morenita.

Elvira no solo quiero mucho á su perrito; la
admiracion que entre sus amiguitas despierta
su bello favorito, es grata muy grata á su vani-
dad infantil ; y de continuo repite con enfatico

decir: «Tengo el perro mas lindo de Buenos Aires! »

Bimbo es Ingles, todo los mas Ingles posible y la prueba de ello la tiene el publico sospechoso, en que el precioso king charles fué regalado directamente á la mimada Porteña por un Embajador Británico, como nuestra de simpatia y admiracion. Pretenden las maliciosas lenguas que aquel Britano era un astuto diplomático, que no desdeñaba medio ni chico ni grande, para llevar á cabos sus fines intrincados. Todo cabe en lo posible y aquí no hace al caso, investigar *porqués*.

De lo que no abrigo duda, es que Bimbo preferia con mucho, su vivir actual, en lo que llamaremos el circulo privado de la vida, á la agitada existencia diplomatica, que llevaba cerca de su primer amo; y digo mal, que el distinguido Baronet habia recibido al precioso king charles á su partida de Inglaterra, como memoria viva y simbolica, de una bella lady, que de esa suerte pretendia imponer su



recuerdo al elegante émulo de Metternich. Ya hemos visto que la dàdiva pasó á otras manos.

Que habrá sido del recuerdo ! Y á propósito de recuerdos, los de Bimbo no remontaban mucho mas allá que la aristocratica rubia lady, la cual muy pequeño lo compró en el strand, á uno de esos bien surtidos mercaderes de animales finos, tan abudantes en ese paraje.

Poco ó nada sabe el bien nacido king charles de sus antecedentes; pero se siente noble de raza y eso le basta. Es lastima, que en la humana grey, la nobleza de la estirpe no pueda reconocerse de una manera infalible, ya por lo achatado de la nariz, ya por lo negro del paladar, ú otros signos seguros ; de esa manera habrian algunos desengaños, es cierto, pero menos quiproquos. Y quien sabe lo que en ello ganaria la necia humanidad !

Entre sedas, terciopelos y costosas pieles, pasó el ñatito Bimbo sus dos primeros años y luego en tapices y cogines diplomáticos, donde oyó mas de un grave, trascendental coloquio, que



debo reconocer no aprecio en extremo el king charles ; ya porqué los hombres dén á esas cosas una trascendencia que no tienen y que los perros desdeñan, ya por faltarle al desasosegado perrillo la protuberancia adecuada. Así vivió el bello Bimbo hasta llegar á los torneados brazos de la preciosa Elvira, que fué desde el primer instante muy de su agrado.

Nada echa de menos el venturoso favorito; por el contrario, se halla mas á sus anchas con la inquieta morenita de ocho abriles, que con el profundo, estirado pichon de Embajador ó la evaporada lady de abultado chignon y portentosa cola.

Elvira corre, salta, rie, pasea como pasean los niños ; y esos paseos, oh ventura ! En nada se asemejan al lento rodar de un suntuoso ocho resortes, en el cual se exhibe en Hyde Park dia a dia en majestuosa inmovilidad, una de las reynas de la *season*. Salir á paseo con su nueva ama, á la plaza del Parque ó del Retiro, recorriendo libremente las



alegres calles, ya á pié ya en el democrático trenvia, dónde todos lo festejan, es dicha que está mas en armonia con los gustos del king charles. Así quien le gana en perspicacia y ligereza! El sombrerillo coqueto de su alegre dueña, aún no está todavía bien atado sobre sus negros rizos, y ya Bimbo, alerta como centinela avanzada, plantado en la puerta de calle espera á su niña con ojos relucientes, orejas inquietas y paciente cola.

Las amiguitas de Elvira, que son muchas, festejan y acarician al perrito á porfia; y cuando salen de paseo en grupo bullicioso y animado, se detienen infaliblemente delante de la primer confiteria que hallan á su paso, para regalar al mimosillo con doradas plantillas ó sabrosas lenguitas de gato. Bien lo sabe el picaruelo, y por mucho que reconocerlo me cueste, no deja el muy goloso de pararse sin remedio, en todas las confiterias, en actitud espetante, con la nariz al viento y erguida oreja. En la confiteria del Gas, en la del Aguila es muy conocido; y así que llega precediendo siempre á sus dadiosas com-



pañeras, los alegres mozos lo reciben con un «Ah perrito mimado» que Bimbo comprende y retribuye agitando expresivo su colita.

¿«No temes que te lo roben?» pregunta la traviesa Juanita, à su prima Elvira.

Bimbo que parece comprender la cruel pregunta, salta sobre las rodillas de su dueña y viene zalamero à colocar su hociquito húmedo debajo de la barbita con pocito de su idolatrada niña, fijando en ella tan amorosos ojos, que Elvira lo estrecha entre sus brazos esclamando. «Bimbo se escaparía, no puede vivir sin mi!»

El king charles con un ladridito prolongado parece responder à esa esperanza alhagadora y la morenita besa frenética al perro fiel.

«Mamá Bimbo está enfermo» observa un dia tristemente Elvira. «Tiene las narices calientes y no toma el resto de mi leche». Que será? «No será nada» responde la mama!

«Bimbo duerme mucho» Mamita agrega Elvira en la tarde tristemente «se estremece à cada



instante, se queja. ¿Que será? y la dueña cariñosa va de continuo inquieta y pesarosa á mirar á su favorito, que con pesado sueño y agitada respiracion se mantiene inmovil desde el medio dia, sobre el sillón cercano al lecho de su ama.

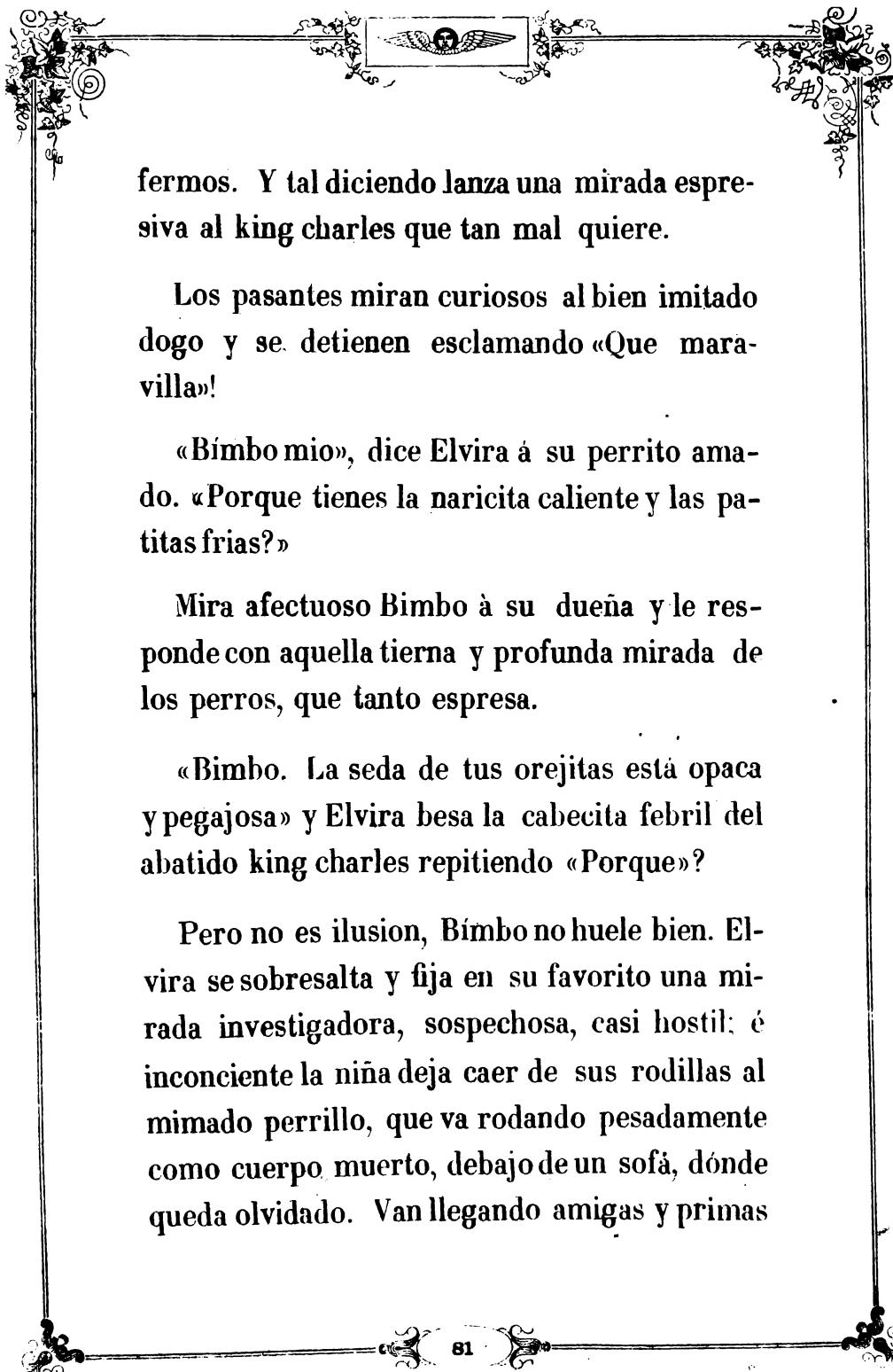
Llegan los primos en la tarde y el robusto Julian que trae un abultado paquete debajo del brazo, dice riendo á su prima «Como es dia de tu santo, mira lo que te traigo; éste no ha de darte trabajo» y tal diciendo descubre un perro dogo, que sin hacer movimiento alguno, ni dar la menor señal de impaciencia, se deja quitar con ejemplar compostura, las cintas y papeles que le cubren de pies á cabeza. El asombro de Elvira y de sus amiguitas no puede describirse. Tocan el perro con repeticion, lo examinan de un lado y otro, con esa minuciosa escrupulosidad de la infancia, á la que nada escapa, y no acierten á explicarse el porque de aquella inmovilidad, de aquel juicio.

«Que perfeccion! es de loza»! Esclama Elvira abrazando al amarillo dogo y lleva su en-



tusiasmo, hasta plantar un sonoro beso en la frente negruzca y fria del impasible perro. Aparece en ese momento arrastrándose penosamente el enfermo king charles, y lo primero que ven sus ojos afiebrados, es aquel rival dichoso, acariciado tiernamente por su ama idolatrada. Pero su pena es de cortodurar. Elvira apercibe á Bimbo y casi á riesgo de romper al bien imitado dogo, lo arroja de improviso sobre un sillón y corre presurosa á estrechar en amoroso abrazo á su king charles. El corazón del celoso se dilata; y como de costumbre acaricia con lamiditos repetidos el rostro fresco y sonrosado de su dueña. Pero que pasa, aquella lenguita ardiente y reseca, parece rugosa hoja de Otoño.

Julian coloca el primoroso dogo cerca de la ventana, declarando que todos van á creerlo vivo y con malicioso retintín agrega: «Ahí, quieto señor doguito, sin moverse, ni ladrar ni para ejemplo de perros curiosos, inquietos, fastidiosos y en-



fermos. Y tal diciendo lanza una mirada expresiva al king charles que tan mal quiere.

Los pasantes miran curiosos al bien imitado dogo y se detienen esclamando «Que maravilla!»

«Bimbo mio», dice Elvira á su perrito amado. «Porque tienes la naricita caliente y las patitas frias?»

Mira afectuoso Bimbo á su dueña y le responde con aquella tierna y profunda mirada de los perros, que tanto expresa.

«Bimbo. La seda de tus orejitas está opaca y pegajosa» y Elvira besa la cabecita febril del abatido king charles repitiendo «Porque?»

Pero no es ilusion, Bimbo no huele bien. Elvira se sobresalta y fija en su favorito una mirada investigadora, sospechosa, casi hostil; é inconciente la niña deja caer de sus rodillas al mimado perrillo, que va rodando pesadamente como cuerpo muerto, debajo de un sofá, dónde queda olvidado. Van llegando amigas y primas

y vecinas a festejar el grato aniversario. Las unas traen preciosas muñecas articuladas y parlantes, las otras canastillos de flores artificiales, que parecen recien cortadas de la planta y que cubren azucarados *bombones* franceses, muy del gusto de la golosa Elvira. Nadie viene con las manos vacias; abanicos, sombrillas diminutas, se acumulan en pintorezco desorden sobre una mesa cuñierta de regalos, de chiches, que examina, comenta y festeja la graciosa parlera turba juvenil.

El dogo es objeto de grande admiracion y asombro.

«Bonito no es» dice una de las primitas. «Pero parece vivo!» «Y no come» agrega una gordita rubia bastante tragoncilla.

Pregunta por Bimbo una de las vecinas y Elvira toda entusiasmada con sus regalos, con sus galas, que la coquetilla viste de blanca gasa con volados encanutados, cintura azul marino y zapatitos dorados dignos de *Cendrillon*, responde con distraccion.



«Bimbo creo que está enfermo!» Debajo del sofa tiritá en tanto el desdeñado favorito, devorado por la fiebre, destrozado por la envidia y por agudos celos. Las niñas rodean al amarillo dogo de ojos redondos, fijos y cabeza negruzca; lo festejan á porfia, lo tocan primero con timidez y recelo y luego lo alzan en brazos, lo mecen y lo declaran *una monada*. Ai! del misero olvidado debajo del canapé! Pero la copa de amargura aún no desborda.

El travieso Julian comienza á llamar á «Bimbo! Bimbo, y el misero animalillo, en el cual la obediencia pasiva es una segunda naturaleza, estira con dificultad sus miembros entumecidos y sacudiendo un torpor invencible, trata de arrastrarse hasta su cruel enemigo. Mil punzadas acercadas hieren el cuerpo del king charles, como si lo cubriera una capa de ortigas.»

«Como se rasca Bimbo» esclama el malicioso primo: ¿«Mira Elvira — si estará sarnoso?

Horror! Aquella palabra llena de espanto á



las alegres niñas, que huyen despavoridas en bullicioso tropel.

Bimbo se rasca, se destrozo como un desesperado, y sus ojos rojos, vidriosos lanzan fuego.

Las chicuelas han huido presurosas al jardín; el desdichado king charles oye sus alegres voces y aquel pobre corazón de perro, que siempre hizo eco al gozo de sus amiguitas, se opriime dolorosamente.

Elvira recordando de repente el olor extraño que al besar á su Perrito sintió, esclama con ironía cruel, que recuerda el «*cet age est sans pitie*» de Lafontaine.

«Apuesto niñas á que mi doguito no se ha de poner sarnoso, como Bimbo.»

Rien las locuelas en coro y tomándose de las manos, rodean al apacible dogo, que parece fijar en ellas sus ojos inmóviles con expresión severa. La ronda catonga se interrumpe de re-



pente, que una de las primas mayores esclama con cierta gravedad:

«La sarna se pega»!

El espanto se pinta en los juveniles semblantes, callan las niñas. Elvira, como herida por pozoñosa zaeta, arroja un grito y corre a refugiarse en los brazos de su bella Mamá, que aparece en ese momento en el jardín.

«Mamá, Mamá mia» esclama sollozante la voluble Elvira, «Bimbo está sarnoso y acabo de besarlo».

Calma la madre amorosa á la aterrorizada niña con caricias, con razones, y la palabra del doctor Sanchez, el oráculo de la familia, que se halla presente por fortuna, pone fin al triste incidente.

«La sarna del perro no es contagiosa» dice el buen discípulo de Esculapio con gravedad; y su piadoso embuste vuelve la paz al conturbado espíritu de Elvira, que corre á anunciar la fausta nueva.

6

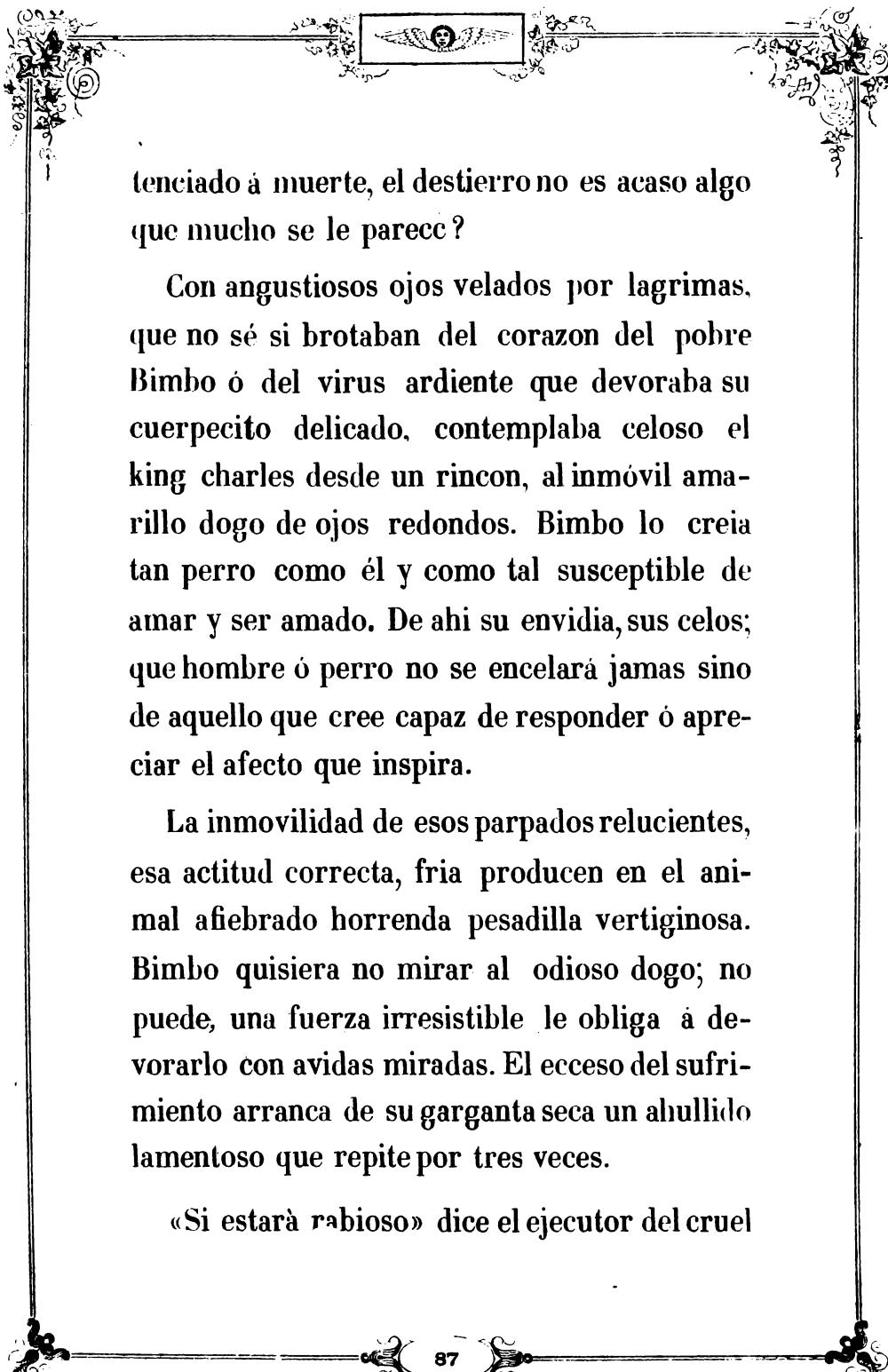
Las chiquillas hablan todas á un tiempo, rien,
se abrazan, que en esa edad el gozo' es siempre
espansivo y los interrumpidos juegos van de
nuevo á empezar con mayor brio.

«Hum dice una ñatita escéptica de ocho abri-
les « Yo por las dudas no me acerco mas á Bim-
bo. »

Aquellas palabras fueron la sentencia del
desventurado king charles.

Un sirviente mal entrazado, de esos seres que
no penetran nunca en los salones dorados, en
los retretes perfumados y que sirven en las
casas de familia para èsas faenas disgustosas
que tanto preocupaban al buen Fourrier en la
distribucion equitativa del trabajo en su falans-
terio, fué el encargado de ejecutar la sentencia,
que la ingrata dueña dejó caer de sus labios
de rosa sobre el antes tan amado favorito.

No fué ésta tan sangrienta, como la de la
ofendida Reyna doncella al saber la traicion de
su bello Leicester. Pero si Bimbo no fué sen-



tenciado á muerte, el destierro no es acaso algo que mucho se le parecc ?

Con angustiosos ojos velados por lagrimas, que no sé si brotaban del corazon del pobre Bimbo ó del virus ardiente que devoraba su cuerpecito delicado, contemplaba celoso el king charles desde un rincon, al inmóvil amarillo dogo de ojos redondos. Bimbo lo creia tan perro como él y como tal susceptible de amar y ser amado. De ahi su envidia, sus celos; que hombre ó perro no se encelará jamas sino de aquello que cree capaz de responder ó apreciar el afecto que inspira.

La inmovilidad de esos parpados relucientes, esa actitud correcta, fria producen en el animal afiebrado horrenda pesadilla vertiginosa. Bimbo quisiera no mirar al odioso dogo; no puede, una fuerza irresistible le obliga á devorarlo con avidas miradas. El eccesso del sufrimiento arranca de su garganta seca un ahullido lamentoso que repite por tres veces.

«Si estará rabioso» dice el ejecutor del cruel



decreto; que para las inteligencias vulgares del hombre del pueblo, todo mal en la raza canina debe forzosamente ir acompañado de un poco de rabia.

«No quiero tocarlo» agrega el prudente quidam, y en vez de llamar afectuosamente al bien aprendido king charles, echa bruscamente sobre la cabeza del enfermo perrito una pesada alfombra que amenaza sofocarlo y lo lleva rápidamente á precipitarlo en *carcere duro*.

«Al cuarto obscuro» habia dicho la desapiadada dueña; y en el cuarto obscuro fué arrojado el mimado favorito de ayer, tan acariciado, tan querido.

Si una mano piadosa, oh misterios de la caridad! la de una ciega, que vivia en el fondo de la vasta morada, merced á las bondades de su opulenta dueña, no se hubiera apiadado de la sed y del hambre del desvalido, la muerte habria muy luego puesto un término á su angustioso penar. La anciana privada de vista, cuidó



del repugnante animalito, que cual otro Job yacia abandonado en su miseria, presa como el paciente Hebreo de asqueroso mal.

El vulgo sencillo ó profano que tanto odiaba el poeta latino, suele esclamar! «Bien vengas mal, si vienes solo»! Este temor encierra un pensamiento profundo. Pensadores como Fourier, suponén la vida humana dividida en series de días que van formando luego grupos separados, distintos. Quien no ha observado en su vida ese encadenamiento fatal de males, que parecen como las cuentas de un collar correr los unos tras los otras, con lenta ritmica igualdad que nada detiene, hasta que terminado el grupo de días malos, empieza otra serie á veces, oh dolor, mala tambien, á veces venturosa.

Despues de mucho reir, de mucho gozar y de no poco olvidar, vinieron las horas tristes para la suntuesa mansión; y el silencio, el sufrimiento, reemplazaron la alegría y la algazara de aquel y otros muchos días de fiesta.

Corrieron las horas, las semanas; y una tarde vio el king charles que la puerta de su cárcel permanecia abierta, dejando entrar brillante rayo de luz. Con la esperanza siente redoblar sus fuerzas. Se sacude, estira los fatigados miembros y su sorpresa es dulce: nada le duele. Bimbo sale del cuarto obscuro, sin que nadie piense en huirle ni en impedir su paso. Su contento es grande!

Familiares le son todos los sitios que corre dichoso, el pelado king charles, que si pudiera verse, no se reconoceria de cierto, pero no se da cuenta del silencio inusitado que reina en la vasta morada. Cruza patios solitarios, galerias desiertas, la casa parece abandonada. El inteligente perrillo se estremece, se inquieta; su olfato le guia, su corazon le conduce. Unos pocos pasos mas y llegará al coquete apósenso de su dueña que le es tan familiar.

La obscuridad mas completa envuelve el estrecho recinto, los postigos están cerrados y en



un angulo del cuarto, arde apesar de ser de dia
claro, una pálida lamparilla.

Bimbo entra sin ruido deslizándose suavemente, como si temiera sorprender ó ser sorprendido. Parece la sombra de si mismo y solo por el brillo de sus ojos, puede reconocerse en aquel perro flaco, pelado, feo, al sedoso aristocratico king charles. Ai! su corazon es siempre el mismo! su mirada de perro fiel divisa sobre la blanca almohada una cabecita pelada tambien y un rostro entumecido, cubierto de placas negrascas.

Apesar de la máscara repugnante, horrenda que la peste imprime sobre aquel rostro juvenil y bello, Bimbo reconoce á su dueña amada y salta presuroso sobre el lecho; sin reflexionar iba á decir, olvidando que Bimbo no era sino un perro. Sus caricias fogosas interrumpen la pesadilla cruel que oprimia á la enfermita. Elvira esclama con acento gozoso y voz temblorosa. «Es Bimbo! Es Bimbo!» y de sus ojos hinchadas brotan lagrimas.



El gozo del king charles no puede expresarse con palabras humanas. Ha vuelto á ser amado! Los brazos de Elvira en vez de desecharlo lo estrechan cariñosos «¿Como tu no me huyes Bimbo mio?» esclama sollozando la ingrata dueña. «Y yo pude» Llanto dulce, llanto beneficio inunda las mejillas de Elvira, Momento sublime! La luz acaba de penetrar radiante y pura en aquel corazon infantil.

En la tarde el buen Doctor halla la fiebre mas baja; y su sorpresa es grande al ver en la almohada dos cabecitas en vez de una. Y no acierta á darse cuenta, de lo que es ese ser que se mantiene quietecito cerca de Elvira, alumbrando la estancia con dos chispas brillantes como negros diamantes.

Elvira sonrie por primera vez despues de muchos dias. «Es Bimbo » dice, «feo, pero Bimbo!» De repente le asalta estraño temor y con voz teblorosa esclama. «Por dios Doctor, no se le pegaran á Bimbo?» Y su manecita en-



flaqueada, indica su carita desfigurada por la peste.

«No, Pichoncita». Responde commovido el buen Doctor. «Veo que tienes un corazon de oro y para recompensarte te diré que ya Mamá y tus hermanitos estan casi buenos.» Y el buen Esculapio dejó el aposento mas commovido de lo que pudiera suponerse en un hombre de sus años.

Es fama que Elvira fué la única de la familia que no quedó marcada de la viruela. El médico lo atribuye á su activo, tenaz empleo de depurativos, que usó no obstante sin éxito, con el resto de familia. Pero entre la servidumbre de la casa todos repiten sin sombra de duda. «Es la lenguita de Bimbo que no ha cesado de lamer y lamer, la pobre carita enferma.»

Yo no abro opinion á ese respecto, y esclamo como Bossuet «Solo Dios es grande!»

Diré para terminar, que el tiempo que todo lo cambia y transforma trocó á Elvira de fresco

[A small rectangular frame containing a profile of a winged figure.]

boton en precioso pimpollo y que su corazon
de niña conoció mas tarde clamor por exelencia
y fué amada por un mancebo bello y apasionado
que con sonrisa cariñosa decia:

«Si yo pudiera tener celos de Elvira los ten-
dria del king charles ciego y achacoso que
ella pretende la ama mas y mejor que nadie en
el mundo!»

¡Pobre Bimbo! Quien podrá superarlo, ni aun
imitarlo!!

Buenos Aires, Octubre 12 de 1880.



TIFLOR

A RAFAEL

Per amica silentia luna.

VIRGILIO

Quiero como el fantástico, soñador Chamisso seguir la luna misteriosa en sus nocturnas correrías, penetrando con el astro indiscreto, merced á sus rayos ténues para los cuales no hay secreto, por todas partes.

En el silencio de la noche augusta, cuando todo calla, salvo la brisa caprichosa, que entabla amoroso diálogo con el arroyo manso y con la inquieta fuente, acariciando infiel á su paso las dormidas flores, la luna se desliza por entre la tupida húmeda yerba y vá á descubrir los ardientes, rápidos, amores del humilde in-



septo, atravesando luego las intrincadas ramas de los árboles, para sorprender en su nido afelpado á la tórtola cariñosa y á la alondra matinal. Todo lo ven, todo lo tocan esos rayos plateados, luminosos; pero frios.

Caia de lleno la luna sobre la rama mas baja de una higuera encumbrada y tortuosa, esmaltando las anchas hojas recortadas, que parecen cubiertas de sutil polvo de plata. Sobre la rama inclinada hay un ser animado, esbelto como espiga de alhucema olorosa, blanco como la espuma leve del mar y triste como Werther en sus horas de desaliento sombrío. Es un gallo, joven y ya desdichado! No asome, lector amigo, á tus lábios sarcástica sonrisa; respetemos el dolor, que es siempre dolor, ya atormente con agudos, asesinos celos, al amante dé la suave Desdémona, ya oprima con férrea garra el estrecho corazon de un diminuto gallito de la raza de Banthan.

Amar y ser correspondido, placer es digno de los dioses; y en el Olimpo mismo, Jupiter



omnipotente, mas de una vez trocó los divinos atributos en las humildes galas de un águila ó de un cisne, todo por alcanzar dulce correspondencia.

Tiflor era dichoso, tanto cuanto un gallo hermoso y enamorado puede serlo rodeado de corazones tiernos, cariñosos, que cifran su ventura en la del amante dueño. Durante meses, su existencia fué una no interrumpida cadena de dichas; deslizándose amenos iguales sus días, repartidos entre los vigilantes cuidados del avisado dueño cariñoso y los trasportes apasionados del amante dichoso.

Seis preciosas gallinitas coquetas, vivarachas, sumisas y querendonas, vivian bajo su ley, estudiando sus caprichos, adivinando sus deseos, previniéndolos, con los brillantes inquietos ojos, fijos en la mirada fascinadora del venturoso sultan. Ni envidia estrecha, ni enojosos celos, penetraron jamás en el ancho y bien ventilado gallinero, dónde reinaba á su antojo el venturoso gallito.



Ay! desdichado de aquel que juzga del mañana por el ayer y se adormece tranquilo y confiado, contando con la dicha, como patrimonio natural!

Una tarde de otoño ya algo fria, que el sol monarca caprichoso se habia ocultado ceñudo, ántes de la hora acostumbrada, entre nubes negras y sospechosas, vió Tiflor que abrian con precaucion la puerta del gallinero, y aun que ésto fuera inusitado á tal hora, nada sospechó. El venturoso no es desconfiado.

Sus coquetas, parleras odaliscas, reunidas en grupo pintoresco y animado, esperaban la señal de la partida, que infaliblemente daba el amado señor todas las tardes, para volar á colocarse en linea de batalla, sobre el barrote mas bajo del gallinero, dónde pasaban la noche. Desde el mas alto, Tiflor velaba cariñoso y avisado sobre su dormido serrallo.

¡Oh sorpresa! ¡oh furor! Un ser odioso, temible, un gallo grande, ya que es fuerza llamarlo por su nombre, penetra con paso fir-



me é insolente mirada en el reservado harem, seguido de un numeroso séquito de gallinas de su especie; y antes que el gallito blanco pudiera darse cuenta cabal de su asombro, una fuerza misterioso lo arrebata bruscamente, y poco despues lo arroja fuera del gallinero sobre la húmeda yerba. Qué significa esa libertad que tan de improviso le brinda enemiga suerte!

Con una mirada rápida, abraza Tiflor el ancho horizonte que descubren sus ojos y con el corazon destrozado por el dolor, siente que se halla libre de poder irse ó quedarse, como mejor le cuadre. Irse! Qué vale la libertad sin la esperanza!

Irse solo Es acaso posible?

¡Alejarse de sus amadas prendas! Pero eso equivale á despojarse de la existencia, para arrastrar una sombra de vida! Jamás! ¡Jamás! Y el diminuto gallito, devorado por el dolor, por agudos celos, y tormentosas dudas, en vez de alejarse aprovechando la ocasion que el



destino le ofrece generoso, se acerca lo mas que puede á la reja de su perdido eden, para sufrir y gozar á la vez, contemplando el vedado recinto con ávidos ojos: que el corazon se complace á veces en esos refinamientos. Oh, martirio! Oh furor! Otro gallo, aquel intruso dà ya la señal de la partida y sus coquetas adoradas odaliscas, vienen, van inquietas, presurosas al rededor del nuevo sultan. La duda no es posible ya! Satisfechas, provocantes, pasan y repasan una á una con encrespado plumaje, álas palpitantes y ese expresivo inclinar del pico, que oh recuerdos amargos! Su corazon amante no podrá nunca olvidar.

En actitud arrogante; pero que no escluye la gracia, el recien llegado pasa revista á las bellas odaliscas, y su lustrosa cola de reflejos azulados con pendientes plumas laterales, se agita trémula. Reluce el amarillo de ocre que tiñe su vistoso plumaje y roja encendida cresta de vastas proporciones, dà á su cabeza erguida una expresion soberana, que atormenta



cruelmente al celoso Tiflor. Siente el misero la superioridad incontestable de aquel rival, que á su pesar, admira y odia á la vez: y su pena y sus celos se vuelven mas crueles.

El brillante cortejo se ha desvanecido, las sombras de la noche todo lo confunden y enmascaran. No para Tiflor, que adivina, que vé con la magia vivaz de los recuerdos, cuanto pasa en el perdido gallinero. El desdichado no acierta ni á alejarse ni á quedarse; el cariño, la costumbre, lo encadenan á esa reja; á dónde irá? En su agonía divisa el desterrado la higuera hospitalaria que sus ojos conocen, está cercana al gallinero; y de un volido triste como su corazon, se lanza sobre la rama, donde le sorprenden desvelado y angustiado los rayos de la luna. Huye el sueño de sus ojos, que no conocen el llanto, agitacion devoradora le consume y sus pensamientos son cada vez mas sombríos.

El ruiseñor enamorado canta entre el follaje, la brisa suspira inquieta, bandadas de vaga-

bundos patos bulliciosos, cruzan en negra fa-lange la bóveda azulada, los rayos de la luna penetran por las estrechas rendijas del gallinero y en cada pajita rubia, en cada grano dorado ponen una chispa encendida. Las gallinas se estremecen de dulce esperanza el Sultan sueña con el naciente dia, la luna todo lo toca, todo lo vé, todo lo sabe.

Tiflor no sabia sino amar, ese arte fácil que el corazon aprende solo, sin pedagogos ni li-bros. Amar era para el dichoso gallito, lo que para el manso rio de ancho cauce correr y correr: cosa fácil. Desde el dia en que rom-piendo la ligera cascarilla que le separaba del mundo y sus encantos Tiflor apareció sobre la superficie de la tierra, dónde tantas penas le esperaban, pequeño y bien formado como el diminuto héroe de Musset, amar fué para el gallito blanco su mas grata y constante tarea; hasta ese momento su corazon tierno y aman-te, que nunca conoció las penas, no sospechaba siquiera cuánto puede sufrir y odiar un triste gallo.



De improviso el dolor, los celos, los agudos celos que todo lo empañan y trastornan, hacen brotar en aquel pecho enamorado la mas cruel de todas las pasiones, las mas terrible, la mas devoradora, cambiando en profunda noche la luz que lo inundaba; tal la gota de acíbar amarga y torna disgustosa en un instante ancha espumosa copa de leche.

El odio inspira al desterrado Tiflor cruel pensamiento vengativo; su mente se deleita en imaginar, en evocar horrendas catástrofes.

Aquellas ingratas idolatradas, que poco han eran su encanto, sobre las cuales velar era tan dulce, las vé ya abandonadas, tan desdichadas cuanto él mismo, y su dulce amor de ayer trocado en amarga hiel, formula contra ellas un voto tan cruel como atrevido.

Espesa algodonosa nube cubre por algunos instantes la faz de la luna

.....
Nemesis que vela sin cesar, y ni de noche ni de dia cesa su tarea cruel y ciega, escuchó los

votos del ofendido gallito; y rápida como un mal pensamiento, envió desde su trono de fuego el rayo vengador que aquel invoca.

La luna acariciaba de nuevo profusamente el dormido harem; el gallito blanco, rendido por el sufrir, olvidaba por algunos instantes sobre la rama de la higuera su martirio cruel; cuando un animal rapaz y sanguinario, que solo vive del bien ageno, que pasa sus noches atisbando, esperando algo que su bueua suerte le envie y que por muchas horas rodaba en vano por la bien cerrada puerta, llegó con paso cauteloso y sin ruido se coló por la ancha puerta del gallinero, que una mano inesperta cerró en falso.

La lechuza gris de ojos redondos y medizos lanzó ágrio grito de muerte y un vien-tecillo frio hizo estremecer en su higuera al dormido gallito.

De un salto ágil y mañoso trepó el astuto zorro de agudos dientes sobre el barrote bajo, donde dormian apiñadas y confiadas las cari-



nosas gallinas; y mánoton tras manoton, dentellada tras dentellada, dió en breve cuenta cumplida de las seis gallinitas diminutas, de las cuatro orgullosas Cochinchinas y del intruso soberbio sultan. Fué aquello un horrible y lúgubre piar, una carnicería tan rápida como sangrienta.

Allá entre sueños oye Tiflor el quejumbroso lamento, la lucha feroz del fuerte contra los indefensos y su corazon profético que el remordimiento acosa y que en vano intenta aclarar, le retrata con sonambúlica lucidez los horrores de su perdido paraíso.

Desde lo alto de la higuera todo lo vé, todo lo oye con angustioso palpitarse el ofendido amante y en su desesperación, deplora el generoso Tiflor, no poder compartir con sus prendas tan caras el suplicio horrendo.

La luna con sus rayos perpendiculares pone de relieve todos los horrendos episodios de aquella noche de espanto. El gallito, ofendido amador, asiste espectador forzoso á la vengan-

za mas cumplida que un corazon herido pudo soñar jamás.

Una á una van desapareciendo entre tormentos agudos sus amadas ingratas odaliscas. El desdichado se siente desfallecer de angustia, de horror y reconoce, ay! ya tarde, que la venganza ha superado á la falta.

Los rayos de la luna penetran en aquel pecho lacerado presa de roedor remordimiento y ven allí mas duelo, mas dolor si es posible, que en el sitio mismo de la horrenda catástrofe.

Mis pobres amadas gallinitas! Esclama el desventurado Tiflor con un estremecimiento que agita la rama como á impulsos del huracan; y de su garganta oprimida se escapa un sollozo agudo en forma de triste *coco-roco*.

Huyó cauteloso el zorro! repleto, satisfecho, con el carnicero hocico teñido en roja sangre de inocentes; que al fin aquellas gallinitas eran débiles, y culpa dé amor no



merece afrentosa muerte. Los rayos de la luna continuan bañando indiscretos el desierto gallinero, sembrado de plumas rojas y de piquitos yertos.

Cuando la llegada del dia apagó los rayos pálidos del astro de la noche que se hundia presuroso en Occidente, el gallito blanco anuncio tristemente desde la higuera la presencia de la aurora sonrosada.

Las flores perezosas entreabrieron sus coronas perfumadas, los pájaros sacudieron sus alitas entumidas y comenzaron un piar quedito, misterioso; la brisa murmuró entre el follaje amorosa promesa al alejarse y los grillos acallados hundieron sus cabecitas expresivas en la tierra.

Tillor saltó de la rama hospitalaria y por la última vez fijó sus ojos redondos, melancólicos en el desierto gallinero. Su resolucion era inquebrantable: alejarse para siempre de aquel sitio y no detenerse jamás.



Los rayos de la luna acarician noche á noche á noche un viajero misterioso, que marcha triste, cabisabajo, sin detenerse jamás. Es el gallito blanco, amante desdichado, que va sin cesar por las soledades con sus remordimientos. Ay! del amante ofendido que invoca en hora fatal á la terrible diosa!

A veces en las altas horas de la noche suele oírse un *cocorico* extraño, estemporáneo, que causa sorpresa á los niños y aun á los que no lo son. Es el gallito errante que se acusa, que se lamenta.

Pobre gallito!

Marzo 27 de 1880



La Paloma blanca.

A ROSENDA

« Yo quisiera ser pájaro, para volar en libertad de dia y de noche. »

Exclamaba con ojos chispeantes la morenita Elena, de mejillas sonrosadas y velloosas como durazno afelpado.

« Yo no » respondia su prima Juanita, rubia palidita de salud enfermiza, á quien desde su mas temprana edad imprimió la suerte un sello de dolor, que velaba las frescas galas de su infancia. Endeble, gibosa y mal desarrollada, la pobre niña de once años, mostraba apenas seis ó siete, cuando se le veía encojida como un ovillito en su estrecha camita ó en el lijero carro al cual en brazos



la trasportaban todos los dias serenos, para hacerle respirar el aire puro del jardin.

Juanita no caminaba, sus piernecitas enjutas, escasas, no bastaban á soportar el volumen de su pesado busto, oprimido por una cruel excrecencia.

La Jorobadita, tal era el nombre con que hasta sus parientes mas cercanos, designaban á la dulce Juanita. Pero Dios que es grande siempre, por mas que nuestra flaqueza no alcance ni á vislumbrar sus designios ni á sentir su justicia, dotó á la Jorobadita de tanto, tanto, cuanto pareció negar á su enfermo cuerpecito.

Un óvalo mas puro que el de la cara de Juanita no puede ni soñarse. Sus ojos azules, dos violetas húmedas, tienen una mirada que consuela sin cesar y parece decir á los que la miran:

«No me tengais lástima, soy dichosa! »

Coronada por una aureola de crespos ca-



bellos dorados, que se mantenian siempre cortos, ensortijándose mas y mas como para acariciar mejor aquella cabeza angelical, que recuerda los querubines de Fra Angelico, Juanita la Jorobadita era bellísima! Y sin embargo aquel óvalo perfecto, aquellos cabellos de ángel, aquella tez de lirio, aquella boquita fina, como pálida rosa de la India, nada hubieran sido sin la luz interior que emanaba del alma candorosa de la Jorobadita y se transparentaba en su semblante.

« Yo quisiera ser estrella » decia Juanita ; una de esas estrellas que parecen mirarnos, que están siempre en el cielo, fijas sin moverse, y que alcanzo á ver todas las noches desde mi cama. »

« Yo nó » respondia la petulante morenita fresca y rolliza, que mas parecia fruta que flor. » « Yo creo que ser estrella debe ser cansado! Siempre inmóvil, siempre quieta; eso está bueno para



«Tí,» iba á decir la primita; pero como tenia buen corazon, temerosa de herir á Juanita, condenada á una quietud forzosa, agregó encendida como flor de ceibo, «para las estrellas.» Que los conocimientos astronómicos de Elena eran tan cortos como sus ñatitas picarescas.

Juanita á pesar del terrible mal de que adolecia, el cual con harta frecuencia la atormentaba con dolores agudos y persistentes, trabajaba constantemente en vestir muñecas con un primor y un gusto sumos.

Tenia seis grandes muñecas de diversos tamaños, y cada una de ellas poseia un ajuar tan completo, cuanto podia desearlo la mas coqueta chiquilina. Era maravilla pasar revista á aquellas camisitas de batista transparentes, impalpables, guarneidas de aereos encajes al crochet, que mas bien parecian tejidos por las patitas finas de diligente araña, que por los dedos delicados de una niña enfermiza. Los ves-



tidos, los sombreritos primorosos, despertaban la admiracion entusiasta de cuantos los veian.

No consintió nunca la Jorobadita, en que su dadiosa mamá le comprara una sola puntilla ó una guarnicion. Con hilo de Cambray, con cordonet de seda de colores, mezclado ya con oro ya con plata, la habilísima Juanita se hacia en una tarde, con que adornar anchamente uno de esos *chef d'oeuvre*, que salian sin cesar de sus manecitas pálidas y flaquitas.

«Debieras aprender á hacer flores» dijo un dia una amiguita á la Jorobita; te divertirias mas. » No, respondió ésta con encantadora modestia.

«Querer imitar las flores es demasiada arrogancia! Yo no la tengo. » Déjame con mis muñecas; gracias á mi trabajo puedo adornarlas, embellecerlas. Pero las flores; qué ganarian ellas por mas que yo me afanara!

«Sí; pero tus muñecas que son de yeso, de palo, de loza, de todo menos de carne!» ob-



jetaba Elena *esprit fort* infantil. «Ni te lo agradecen, ni lo saben.»

«Como te engañas, repuso Juanita.» Yo creo, que sentir sienten; eso sí, no como yo, no como tú; y además se me figura que yo y tú no sentimos del mismo modo. Tú cuando saltas y corres, estas contenta. Desde aquí te veo que pareces tan dichosa, recorriendo de carrera como de un volido la calle de rosales del jardín, que es tan larga—Y á mí, solo el verte me asusta, me hace estremecer de dolor.»

«Es por que tú no puedes, exclamó Elena.»

«No, no es por envidia» agregó la dulce Juanita con blandura, «es por que mis pobres piernas que no saben lo que es ni siquiera caminar, mal pueden gustar de correr.

«Será;» dijo la inquieta Elena, que tenía, siento decirlo, entre sus amiguitas, fama que creo merecida, de ser algo machona. Fundábanse las malas lenguas infantiles, en que la

morenita en vez de vestir galanas muñecas como ellas, se divertia de preferencia, horror! en jugar al trompo y aun al barrilete.

«Además,» continuó la Jorobadita con gravedad.

«Yo sé que mis muñecas me agradecen y mucho todo el tiempo que les dedico. Fijate bien; cuando les acabo algo nuevo, y se los pongo, al momento quedan tan lindas, tan nuevas! Si eso no es agradecer; no se que sea!»

La esceptica replicó con acento ironico. «Si, pero dales un pinchazo y verás si les sale sangre!»

«Ay! exclamó Juanita «Como puedes decir eso.» Nunca tendria tal残酷. «Solo al pensarla el corazon se me opriime.»

Y en la frente pálida de la enfermita brotaron transparentes gotas de sudor.

«Pues yo quiero hacer la prueba delante de tí, agregó Elena; con una muñeca, que por



mas que murmuren Matilde y Josefina dos
habladoras: yo tambien tengo muñecas.»

«Sí, para atormentarlas;» dijo penetrando en la habitacion una joven, cuyo aspecto tenia ese no sé que británico, que sin poder definirse completamente no escapa nunca á nuestra percepcion, cuando llegamos á encontrarnos con una persona de nacionalidad inglesa.

«Si, Miss James no solo es protectora de animales vivos, sino de muñecas y de juguetes viejos» agregó riendo Elena. «Figúrate que no me deja jugar á gusto.»

«*Bless my soul!*» Exclamó la institutriz «Es porque para Hellen, no cabe placer sin destrucción y agregando, un «*good morning dear*» imprimió un beso sobre la frente pálida de la enfermita.

«Si Hellen fuera como su primita, un modelo;» insistió la institutriz.

«No, Miss James, replicó alegremente Juanita. Yo no soy modelo sino de jorobadas».



«Hush! exclamó la buena Miss, abrazando á la enfermita y murmurando para sí:» She is an angel!»

Juanita que no entendia el inglés, comprendió sinembargo por la accion y el tono, que esas palabras eran cariñosas; y con un tacto, que ella solo poseia, llamó á su lado á su prima que se mantenía á distancia algo empacadita. Elena sabia hablar el inglés, era celosa; tengo que reconocerlo, ademas ponía con frecuencia á prueba la paciencia de la tolerante institutriz, y ésta usaba aunque con medida del recurso infalible de los celos: ensalsando de continuo los muy relevantes méritos de la Jorobadita, en contraposicion á los defectos de su discípula. No pasaba dia sin que Miss James esclamara» ¡Oh! oh! Juanita nunca hubiera hecho tal cosa!»

De mala gana se acercó la celosilla al canapé, dónde despues de recibir dos tiernos besos de la afectuosa Jorobadita, tuvo quiso que no quiso, que hacer la paz con la excelente Miss James.

■

El dia habia empezado mal para Elena. En primer lugar tocaba leccion de gramática castellana, bah! venia en seguida el estudio del piano, cosa que ponía en ebullicion la sangre de la inquieta morenita; y antes del *lunch*, aparecia el fastidioso maestro de baile, á quien Elena odiaba de muerte.

« Que me dejen saltar y aun bailar á mis anchas, exclamaba la petulante Elena ; pero ver la cara de ese viejo, me dá ganas para no bailar de volverme hasta. . . . jorobada, como Juanita».

Mal debia terminar un dia que así empezaba !

« Vámonos, que fatigas á tu prima, no puedes estarte quieta. »

Dijo Miss James á su turbulenta discípula, que cual oso enjaulado, se movia sin cesar de un lado á otro, sacando las sillas de su lugar, chocándolas unas con otras; y lo que era mucho peor aun, tocandó, manoseando torpemente las preciosas galanas muñecas, encanto de

la pobre Jorobadita. Elena era algo desmanada, *machona*; tomaba las muñecas con esa falta de delicadeza, de finura, que rara vez se halla en las chiquillas de suyo amorosas, delicadas; pero que suele observarse en aquellas que de continuo juegan con hermanos ó primos del sexo brusco. Y la escelente Inglesa comprendiendo cuanto sufria la inmóvil paciente niña con aquel sacrilegio, trató repetidas veces; pero en vano, de poner término á su martirio.

Con hombruna torpeza, acabó al fin Elena por echar en tierra la muñeca mas grande y mas bella de la colección, que ostentaba sus galas primorosas en un armario, celosamente cerrado con vidrios y colocado frente al canapé; dónde la enfermita acariciaba amorosa con sus miradas á sus prendas queridas.

Al oír el golpe seco que produjo la caída de la muñeca, el dolor se pintó en el semblante expresivo de la Jorobadita. Dolor mudo, reprimido, que aquella alma era tan valiente

cuanto frágil el cuerpecito que la contenía. La Institutriz perdiendo la paciencia se puso de pie bruscamente, tomó por un brazo á su discípula y con un *let us go* imperioso, arrastró á la culpable Elena fuera de la habitacion.

Cuando la nodriza de Juanita, la fiel tia Jacoba entró á cuidar de su niña idolatrada, ésta con voz temblorosa le dijo:

«Mamá negra» su expresion habitual, «dame á Paulita» así se llamaba la muñeca mas grande, la favorita, la primera que había regalado á la enfermita su padrino, cuando cumplió ésta seis años.

Tia Jacoba vió desde el primer momento, lo que sospecho veria tambien Miss James; y la buena ama sin atreverse ni á respirar, quedó comó petrificada ó mejor dicho carbonizada.

Sentia alguna fatiga esa tarde Juanita, sus ojos se cerraban pesados; pero aquel corazon generoso nada sospechaba.



«Que haces mama negra? Que estás dormida? Y Paulita? Dámela que la pobre Elena no toca las muñecas sin arrugarlas» E incorporándose cuanto le era posible, la Jorobadita tendió ávida los brazos para recibir á su tesoro.

Mama negra vió ó mejor dicho adivinó aquel movimiento, y todas sus fibras maternas se estremecieron.

Si Juanita veía la muñeca en ese estado, qué iba á suceder? Trató de ganar tiempo la buena nodriza; y haciendo un esfuerzo sobrehumano, contestó riendo. «No, no nenita mia, juga con Anita; estas mimando siempre á Paulita;» y uniendo la accion al dicho, tomó otra muñeca del armario y la tendió de léjos á la enfermita.

En las mejillas pálidas de la Jorobadita aparecieron repentinamente dos puntos rojos; sus ojos se dilataron y aquella boca siempre amable se contrajo lijeramente.



«Mama negra, repitió con tono autoritario la enfermita. «Dame á Paulita, no quiero á otra, sino á ella. Dámela pronto.»

«Es que balbuceo la nodriza, Paulita está enferma »

«Está rota!» esclamó con acento desgarrador la Jorobadita, y tendiendo las manecitas en aptitud suplicante á su mama negra, agregó: «dámela rota, dámela por Dios; no importa.»

Obedeció la nodriza; y cerrando los ojos que el llanto oscurecía, entregó la muñeca á su dueña. Oh dolor! Paulita con la cara partida desde la frente hasta la boca, con los brillantes ojos desnivelados, fuera de la órbita, ofrecía la ilusión del sufrimiento real. La boca no tenía ya esa placidez y corrección de la muñeca feliz; la fatal rajadura al dividir el labio, le imponía una mueca dolorosa, imprimiendo en aquel rostro bello, el sello de la destrucción.

Con su primera mirada abrazó la desolada dueña estos detalles horribles; que el amor ma-



ternal se bosqueja, se ensaya en el corazon de las niñas con el amor á sus muñecas. Con silencioso dolor angustiado, estrechó la Jorobadita su muñeca amada, besando con piadosa ternura aquel cráneo dividido que los negros rizos ocultaban, pero que sus lábios tocaron.

La pobre negra parecia la imájen de la angustia.

« Virgen santisima! Señor de los milagros! repetia en voz baja sacanos de este trance!»

« No te aflijas mama negra, murmuró débilmente Juanita.» Es lo mismo. Es lo mis . . . » aquellos labios descoloridos no pudieron decir mas. La Jorobadita perdió el sentido; y sus brazos amorosos dejaron escapar la mutilada muñeca, de cuyas órbitas brotaron los ojos. La nodriza despavorida prorrumpió en gritos y lamentos, que atrajeron en breve á la madre.

Entretanto, la robusta prima mustia y mal engestada recorria la corta distancia que separaba las casas de las dos familias..

Elena habia causado mucha pena á la paciente Jorobadita, tan buena cuanto digna de lástima; lo sabia y diré mas lo deploraba: aquella muñeca despedazada no se apartaba de su memoria. Y sin embargo mil ideas contradictorias, crueles, cruzaban en tropel y confusión por aquella cabeza de niña culpable. Nada hay que vuelva injusto y desapiadado un corazón bueno, como el remordimiento que se inicia tenue, incoloro aun, y va lentamente creciendo, tomando forma hasta apoderarse de todos los pensamientos. Entonces se siente palpablemente la lucha entre las dos corrientes del bien y del mal que nos dominan. El mal que aprueba y aplaude, pareciendo gozarse en el daño causado repite, qué importa! En tanto el bien acongojado, inquieto, se debate como ave prisionera en intrincada estrecha red, buscando en vano una salida, una escapatoria.

Miss James que conocia perfectamente á su discipula y no alteraba nunca las primeras vislumbres de su conciencia de niña, calla-



ba expresamente. Todo lo esperaba del tiempo, del trabajo intimo, que se hacia sordamente en aquel corazon infantil.

Cuando Elena llegó á su casa, encontró allí á un tio suyo gran cazador, que mucho mimaba á la sobrinita y repetia de continuo: «Si fueras muchacho te llevaria conmigo á cazar; ya verrias que buenos ratos pasariamos juntos.» El encuentro distrajo momentáneamente el curso de los pensamientos de la niña.

Pretendia Miss James que aquel tio hacia mucho daño á su sobrina, tratándola como si fuera un varon, y mimándola en demasía. Así es que para evitar desagrados con la familia, que conocia las opiniones de la buena Institutriz y no transijir sino á medias con aquello que la honrada Inglesa creia de su deber, no presenciar, por lo menos; luego que terminó la comida, Miss James pidió permiso para retirarse y con un «Good night Hellen» á su discípula se retiró á su cuarto.

El cazador narró con brio mas de una aven-

tura de caza; y Elena que ya parecía sentir el olor de la pólvora, tal brillaban sus ojos, exclamó de repente:

«Y porqué no puedo yo tambien aprender á cazar?» «No te faltaba ya mas, respondió la mama. Serias entonces completa y en vez de una Institutriz te tomariamos un Institutor.»

Rieron los hermanos mayores de buena gana y Elena se contentó con lanzarles miradas terribles, mirándoles con *dagas*, como dicen los Ingleses.

Alguien sujerió en burla en el círculo de familia, que para acostumbrarse á tirar, debia la *machona* ir al tiro de Paloma de Palermo, refiriéndo cuan fácil era cazar allí cuantas palomas volaban.

«No, dijo el buen tio: ese es un ejercicio cobarde y estúpido. Elena y yo somos cazadores generosos, que preferimos correr tras la presa y aun luchar para conseguirla. Pero esas pobres palomas prisioneras que solo ven la luz



para caer heridas por una mano tan inhábil como traidora, me causan lástima!! Verdad Elena, que preferirías cazar tigres ó leones á destrozar palomas indefensas, prisioneras?»

Un entusiasta «Ya lo creo !!» Se escapó de los labios de la joven cazadora, cuyas palabras despertaron grande hilaridad.

«Mejor harías en irte á la cama; observó una tia solterona, que vivia con los padres de Elena. «En vez de estar oyendo sonseras: mi hermano no sabe sino echar aceite en la hoguera de esta cabecita ardiente. Ven connigo.»

Elena tuvo por fuerza que obedecer y sufrir las burlas de «Buenas noches *mata-tigres*» que le dirigian todos, con escepcion del galante Nemrod, que besándola con repeticion le dijo: «Adios mi bella Diana cazadora; déjales decir, yo te llevaré connigo á los bosques del Chaco y allí seremos felices solos.»

Agitada, descontenta, Elena se volvia de con-

F

tinuo de un lado á otro en su camita, sin poder conciliar el sueño. Como hacia calor, la ventana de su habitacion que daba á un patio, habia quedado abierta y la luz de la lamparillaatraia las mariposillas nocturnas, que venian á revoletear imprudentes á su alrededor. Vacilaba de continuo la lijera llama, combatida por el viento y mas de una alita se tostaba. Elena seguia con ojos distraidos el va y viene de las mariposillas inquietas; cuando de repente penetró por la ventana una inmensa mariposa negra, que despues de apagar de un volido la lamparilla, vino aleteando ruidosamente á posarse sobre la almohada de la aterrorizada niña. Un sudor frio bañó todo su cuerpo. Pero su espanto creció de punto, cuando aquel monstruo alado, que tal lo era, pronuncio con cavernosa humana voz estas palabras terribles:

«Sube sobre mis espaldas, muñeca de carne;
voy á llevarte á ver la caza infernal.»

Sin poder ni vacilar siquiera, arrastrada por una fuerza invencible, se sentó Elena sobre las



espaldas de la mariposa negra, que con gran asombro encontró resistentes como el lomo de un caballo, y de un volido se halló la pobre *machona* fuera de su habitacion. Al salvar la ventana, su lijera camisita de dormir se agarró en un clavito en dónde colgaban en otro tiempo la jaula de un canarito, que la olvidadiza había dejado morir de sed, y quedó allí flameando una larga tirita estrecha, ajitada por el viento de la noche, como blanco gallardete. Subía la mariposa mas y mas, como si hubiera de remontarse hasta las nubes con su carga, que de seguro le parecía ligera tan rápidamente ascendia. Con los ojos fijos en aquella tirita de camisa, sentia Elena una tristeza cada vez mas grande, que casi superaba á su terror.

Léjos quedaba ya la ventana con el blanco gallardete, léjos las altas torres de las iglesias, que la morenita reconoció á su pasar, léjos el luminoso reloj del Cabildo; Elena vió que eran las doce y media, y aquella hora avanzada heló

la sangre en sus venas. «A dónde iremos?» repetia mentalmente la viajera; y sino hubiera sido por lo avanzado de la noche, por lo inconveniente del traje. Que diria Miss James? *Schocking*, en camisa! Y creo igualmente por lo estraño de la cabalgadura, Elena que no tenia mas anhelo que montar á caballo y era valiente como una Amazona, habria encontrado aquel paseo nò del todo disgustoso, que al fin de cuentas, nada tenia de tan horrendo como en el primer instante lo temió.

La mariposa cansada sin duda de remontar mas alto que los techos y las torres, empezó á bajar y bajar como globo escaso de gas. Y bajó tanto, que llegaron los piés desnudos de la intrépida amazona á tocar la yerba húmeda de rocío. Sin mas esperar, afirmó su pisar la cabalgadora y miró con cierta confianza á su fantástica montura.

Cual seria el asombro de Elena, al ver que la mariposa le tendia con una de sus alas ne-



gruzcas un objeto, que desde luego vió ser un fusil. Pero un fusil ó escopeta monísimo; de la diferencia no estaba segura la cazadora. La mariposa, siempre con una de sus barbas, hizo un gesto que bien interpretado debia significar «sigueme»

Caminaban por entre un espeso bosque muy tupido; pero eso no importaba, que á medida que llegaban á los árboles, éstos se apartaban dejándoles el paso libre. Otro tanto sucedió con un arroyo caudaloso, salpicado de rugosas piedras, que así que los piés de Elena tocaran su márgen, cambió de curso yéndose mansamente y sin ruido con sus aguas y sus piedras á correr en otra dirección. Las flores mismas que á su paso hallaban, parecian volver á otro lado sus semblantes en el momento que Elena y su compañera avanzaban.

«Si ésto sigue,» pensaba Elena, hasta la tierra que piso va a huir bajo mis plantas. Oh terror el suelo cede; Elena no tiene tiempo sino

para esclamar un «Mama»! angustiado y siente que se hunde . . . se hunde. Llega por fin á tocar pié y en vez de la penombra misteriosa en que antes cruzó bosques movedizos y arroyos fugitivos, se encuentra bañada por una luz plateada como la de la luna, que deja percibir distintamente los objetos, en un descampado árido y triste donde no crecen ni flores ni plantas.

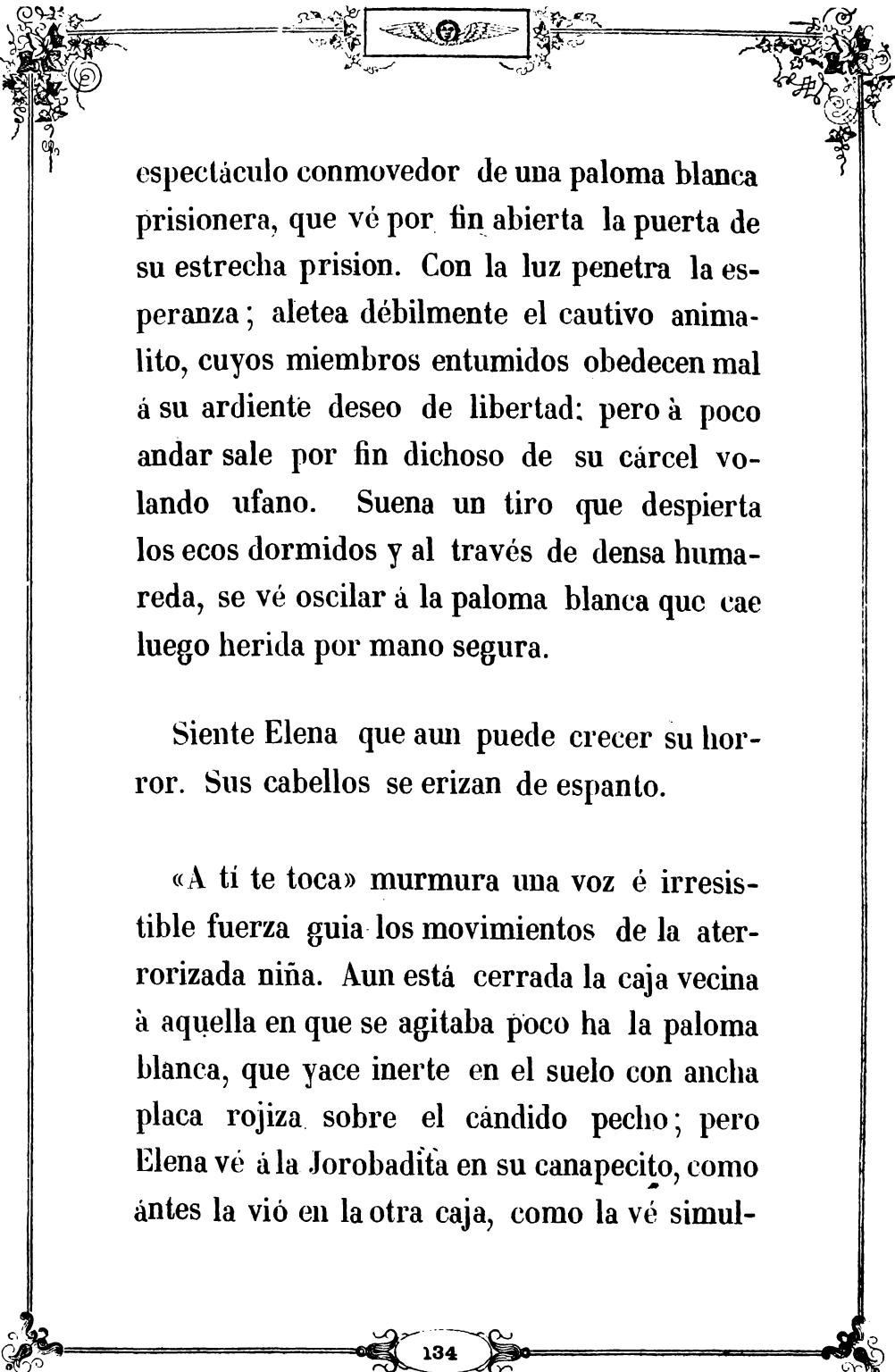
Sus ojos se fijan con ávida curiosidad en una hilera de misteriosas cajas enteramente cerradas y alineadas con monotonía uniformidad. ¿Qué habrá en aquellas cajas? De cada una de ellas, que nada tienen de bonito, ni como forma ni como color, parte un alambre conductor, especie de hilo telegráfico que viene luego á rematar con gran asombro de la chiquilla en una de las barbas erizadas de la mariposa negra.

«Mira bien.» Dice el monstruo; y los ojos de Elena descubren en aquellas cajas cerradas

....Espantoso! Un canapérito estrecho, donde descansa un cuerpecito flaco, giboso, coronado por una cabecita rubia de ojos azules, que le es bien conocida.

Tantas cajas, tantas jorobaditas. Parecía la mágica repetición de numerosos espejos reflejando la misma imájen; ó una serie de tarjetas fotográficas representando el mismo cliché. Pero no era eso todo; apesar de estar cerradas las misteriosas cajas, sabia Elena lo adivinaba, que aquellos oscuros retretes iban á abrirse por medio de aquellos hilos de hiérro y que algo de muy terrible iba á suceder.

Palpita con violencia el corazon atormentado de la *machona* y crece su espanto, cuando la mariposa negra con voz cavernosa, le dice «Mira! mira»....Elena es toda ojos. Con una de sus aceradas barbas, tira el monstruo uno de los alambres, e instantáneamente cede sin ruido uno de los costados de la primera de las cajas, presentando su interior lóbrego el



espectáculo commovedor de una paloma blanca prisionera, que vé por fin abierta la puerta de su estrecha prisión. Con la luz penetra la esperanza; aletea débilmente el cautivo anima-
lito, cuyos miembros entumidos obedecen mal á su ardiente deseo de libertad; pero à poco andar sale por fin dichoso de su cárcel vo-
lando ufano. Suena un tiro que despierta los ecos dormidos y al través de densa huma-
reda, se vé oscilar á la paloma blanca que cae luego herida por mano segura.

Siente Elena que aun puede crecer su hor-
ror. Sus cabellos se erizan de espanto.

«A ti te toca» murmura una voz é irresistible fuerza guia los movimientos de la ater-
rorizada niña. Aun está cerrada la caja vecina
á aquella en que se agitaba poco ha la paloma blanca, que yace inerte en el suelo con ancha placa rojiza sobre el candido pecho; pero Elena vé á la Jorobadita en su canapécito, como ántes la vió en la otra caja, como la vé simul-



táneamente en las demás en todas; y su pavor se acrecienta.

Que importa, dice para si en angustioso terror la desdichada Elena, que luego parezca una paloma blanca lo que ahí veo, si es Juanita, mi pobre Jorobadita!!»

Pero el destino implacable no le dá tiempo; el monstruo pronuncia un «*To you*» imperioso —Ignora Elena porque hasta entonces, la mariposa negra no habló en inglés, y aquel *To you* que le manda dar muerte á la paloma blanca, es algo de horrendo de irresistible, que no le es dado sin embargo desobedecer: no hay remedio. Ya el alambre se agita en las barbas de la desapiadada mariposa, cede la puertecita misteriosa, la palomita blanca aletea débilmente, tiembla el brazo de Elena, que por vez primera va á descargar un arma. Sale la prisionera y á la voz de «fuego» parte el tiro y la segunda víctima cae desplomada.

El exceso del espanto arrancó un lamento

«Juanita» á la hábil cazadora, y ese grito plañidero tuvo el poder mágico de poner en fuga al mismo monstruo alado. Abrió los ojos Elena y lo primero que vieron sus miradas dichosas fué á Miss James, que con un triste «*Yes dear*» parecía querer esplicar lo estraño de su presencia en tal caso.

Pero que tenía de inusitado la visita de la vigilante matinal Institutriz en el cuarto de su perezosa discípula á las ocho de la mañana?

El sol amigo que entraba entonces por donde ántes pasó la mariposa negra, reveló á Elena con sus rayos cariñosos, la verdad de lo ocurrido en aquella terrible noche. Había soñado! «Ay! qué suerte dear Miss James todo era sueño.» Esclamó Elona echándose en brazos de la buena Inglesa y agregando:

«Dios mio! mi pobre Jorobadita no, no la he matado yo y. . . .»

«Calma respondió Miss James, *dear Hellen,*



solamente Dios tiene ese poder » Esplicando luego á su discipula, que la oia con creciente dolor, que en la noche habian venido de improviso en busca de su mamá, por haberse agravado la pobre Juanita.

Ignoraba Miss James el sueño de Elena, y su pena fué grande, cuando la contrita niña mezclando la realidad con el sueño, esclamaba entre sollozos «Yo la maté, yo la maté!»

La Jorobadita no sobrevivió sino algunos dias, al terrible choque causado por la muerte de su muñeca, como ella llamaba candorosamente á aquella triste catástrofe, cuando hablaba con su mamá negra, á quien pidió escondiese á Paulita donde estuviera muy cerca de ella y no pudieran verla rota y sin ojos.

Nadie oyó una queja, un lamento á aquella criatura angelical, víctima Dios solo sabe de que que leyes misteriosas é implacables.

Los últimos momentos de la enfermita fue-



ron llenos de dulzura; con los ojos fijos en la estrella refulgente que tanto amaba, dió el último suspiro; y cosa estraña, dejó todas sus muñecas á Elena para «Que aprenda á quererlas.» Y Elena aprendió, puedo asegurarlo.

Para todos Juanita murió de su mal, salvo para la discreta mama negra, que sin embargo guardó para siempre el secreto, perdonando pero no olvidando.

En la tarde en que el cuerpecito contraído de la Jorobadita fué puesto en el diminuto ataúd, por las manos cariñosas de su mama negra, preguntó alguien á la desolada nodriza. «Qué pone vd. ahí tia Jacoba?»

Era un envoltorio misterioso que la negra colocaba cuidadosamente á los piés de la muertita «Yo sé;» respondió sollozando mama negra, y nadie se atrevió á preguntar mas.

Elena quiso ir á decir adios á su primita;



pero no se lo permitieron, sino cuando el ataúd estaba ya cerrado. La pobre *machona* con actitud dolorida y reverente besó con repetición aquel cajoncito cubierto de flores y pronunció un misterioso «Te lo prometo» que Miss James comprendió y apreció. Solo ella y la nodriza conocieron el terrible accidente, pero ambas fueron discretas.

Elena rogó tanto y tanto, que al fin le concedieron la gracia de acompañar el cadáver de su prima hasta el cementerio; y como Miss James en su calidad de Inglesa, apoyase aquel piadoso deseo, ambas siguieron el acompañamiento. Al llegar al lugar donde iban a sepultar a la pobre Jorobadita, Elena esclamó con voz vibrante.

«No, no es posible que dejemos aquí sola a la pobre Jorobadita con tantos muertos» y volviendo inquietas miradas al rededor de aquel campo del descanso, se estrecho aterrorizada contra su Institutriz. Miss James reprochando

[decorative banner]

suavemente á su discípula, el faltar así á la promesa de portarse bien, quiso distraer su atención de la dolorosa ceremonia, haciéndola fijarse en un bello grupo de ángeles de mármol que remataba una de las vecinas tumbas. En efecto Elena separando sus miradas desoladas de la abierta fosa, que acababa de dar asilo al pequeño ataúd de su prima, fijó sus ojos en un árbol elevado que parecía custodiar como vigilante centinela aquellas tumbas. Oh sorpresa! oh gozo! Una paloma blanca se balancea sobre una de las ramas del ciprés; y la niña con voz alegre esclama:

«Miss James, ya no me importa que pongan aquí á Juanita. Esa palomita es ella, la reconozco, en ese cajón no queda nada!»

La paloma blanca se voló y la Inglesa guardó silencio, respetando la sublime ilusión de Elena.

Maestras imitadla!

Noviembre 10 de 1880.



El Alfile de Cabeza negra

CUENTO

A KIN

Este era un alfile de cabeza negra, á quien se le habia metido en su escasa cabezita negra y redonda, que era bonito, muy bonito y con mucho superior á sus hermanos alfileres como él; pero no pretenciosos y vanos.

Habitaban juntos estos dichosos alfileres largos de cabeza negra, un papel en la merceria de D^a Manuela frente á San Juan; y no lo pasaban allí mal, ántes al contrario, eran felices en la vidriera situada en la ventana, desde donde veian pasar la gente, en compaňia de grandes ovillos de hilo blanco y negro, risueños botones de nácar, relucientes tijeras, cintas



de colores, cuentas pintadas y otras muchas chucherías de esas que abundan en las vidrieras de los merceros.

Con frecuencia acudian marchantes en busca de alfileres de cabeza negra; y en un *caso* tras la diligente y alegre mercera se llegaba á la ventana, tomaba el papel azul, sacaba un alfiler largo, recibía un real y la marchante quedaba despachada.

Cada vez que ésto sucedia, la hilera de alfileres palpitaba.

«A quién tocará?» «A quién tocará?» decían, é impacientes esperaban. Tocaba por fin á uno ó á dos y hasta á tres; pero nunca á aquel vanidoso que tanto desdeñaba á sus hermanos; desden que éstos ignoraban es cierto, y que á la verdad no sé de dónde provenia, pues largos eran todos y puntiagudos y lisos también; y en cuanto á las cabezas negras, como cordon de golondrinas alineadas sobre blanca



corniza, eran ó parecian todas idénticas. Ah! Pero no lo eran! Que aquel alfiler presumido y ensimismado era ambicioso, tenia proyectos y descontentos recónditos, pues segun él los demás no eran sinó alfileres vulgares, que se contentaban con estar pinchados simétricamente á distancias iguales unos tras otros, quietos, serenos, limpios, como niños juiciosos y bien criados que de ello buen cuidado tiene la mercera y su plumero.

Ya iba el papel quedando medio vacío, dejando ver en vez de las negras y lustrosas cabezas con agudas puntas, una serie de agujeritos simétricos, igualitos que lo cruzaban de parte á parte. Agujeritos que entristecian á veces á los alfileres que allí quedaban en fila, derechos y correctos como soldados prusianos por recordarles sus ausentes camaradas; pero que debo declararlo, nada importaban al alfiler de cabeza negra cuya historia os cuento.

Un dia vió nuestro héroe, que aunque alfiler

es el héroe de este cuento, á una pobre mendiga rotosa y súcia, y sin saber por qué, dijo para sus adentros: «Que cosa fea!»

Por la calle de San Juan pasan tarde y mañana muchas niñitas, de esas que van á la escuela con sus canastitas rechonchitas y sus libritos. Sin duda el alfiler tenia buen gusto apesar de su arrogancia, pues cada vez que algunas de ellas pasaba y se detenia para dar un vistazo á la vidriera, el alfiler decia para sí: «Que cosa linda!»

Y tenia razon, que nada hay mas precioso que esos grupos de frescas chiquillas sonrosadas, que van por la mañana con paso mesurado á la escuela, llevando en una mano sus canastitas repletas de dulces, de frutas, de mimos de todas clases, puestos allí por mamá, y balanceando en la otra con distraccion un atadito de libros no muy cuidados á veces; pero qué importa si sabe la lecion!

El alfiler era observador y creia, estaba se-



guro de ello, que las chiquillas mas, mucho mas se detenian á mirar la vidriera cuando el sol subia, que cuando bajaba.

Terribles deseos de irse con esas caritas frescas tenia, pinchando aquellas canastitas misteriosas, tentadoras que le inspiraban mucha curiosidad. Curiosidad de alfiler, que es irresistible! Pero la suerte no lo quiso; y cierta noche entró en la mercería una ataviada dama, que despues de saludar familiarmente á la mercera que se deshacia en cortesías, le dijo:

«Doña Manuela, necesito un alfiler largo de cabeza negra para prenderme la gorra que se me cae.»

«Aqui tiene vd. uno, señora,» respondió la obsequiosa mercera, sacando justamente, oh ventura! oh contento! al famoso alfiler de cabeza negra!

Aquello fué un encantamiento!

Del papel amarillo ya no muy limpio, visi-

■

tado con harta frecuencia por las imprudentes moscas, pasar á la coqueta gorra granate y oro de una preciosa dama, es como para envanecer á cabezas mas sólidas que la del ambicioso huésped de la mercería de San Juan; pero como éste despues de todo no era sino un pobre alfiler estrecho, aunque largo y agudo, perdió el poco juicio que tenia y se creyó un gran personage. Ni siquiera miró de reojo al pasar, aquella ventana hospitalaria donde quedaban sus hermanos. Fuése desdeñoso, engreido, hincado sobre el bellísimo sombrero que parecía hecho con aquel único fin, olvidando muy luego un pasado oscuro, indigno de sus aspiraciones.

La dama entró á poco andar en una casa elegante muy alumbrada, adornada con multitud de vistosas flores; y el alfiler que no conocía sino el farol situado en la acera frente á su ventana, el pico de gas de la mercería y su estrecha vidriera, casi siempre á media luz pasada la hora de la venta, quedó deslumbrado con

aquella profusion de luces reflejadas en grandes espejos y arañas de cristal cortado. ¡Cuán feliz estaba el vanidoso, que creia ver plenamente justificadas sus pretenciosas miras. «Ciento» pensaba «yo valgo lo que mis hermanos no valen, y con razon nunca dudé de la suerte feliz que me esperaba!»

Si hubiera sido posible, el engreido habria echado mas punta y hundidose mas y mas en el brillante raso del sombrero, que hallaba bellissimo y en manera alguna comparable al quebradizo papel descolorido que antes lo asilaba.

A poco rato, la lujosa dama desató el nudo de transparente encaje que mantenía escasamente el sombrero, alisó sus cabellos con blanca mano constelada de diamantes; y, triste es decirlo, el alfiler de cabeza negra cayó sin ruido al suelo debajo de una silla; y allí perdido entre las esponjosas gasas del rico traje, quedó sepultado en las tinieblas.

Momento cruel! Castigo merecido, pero excesivo!



El desdichado alfiler acongojado, comenzó á arrepentirse aunque tarde, presintiendo mayor grado de desdichas; y sin saber cómo ni porqué, al recordar á sus hermanos que veía desde lejos, tranquilos y seguros en la estrecha vidriera, pensó en aquellas caritas frescas, risueñas, y multitud de canastitas cerradas pasaron en fantástica vision por su memoria.

Que ganas de saber llorar tenia el pobre alfiler de cabeza negra, que habia visto una vez lágrimas chispeantes sobre las mejillas de un Italianito pobre, socorrido por la caritativa mano de la mercera. No habia comprendido entonces ni sospechado siquiera el vanidoso, afortunado alfiler de cabeza negra, lo que eran aquellas gotas transparentes, que rodaban silenciosas y se perdian en el cuello desgarrado del niño méndigo; pero el dolor que es gran maestro le reveló lo que son lágrimas.

Pasó la noche, hora de descanso; y como el tiempo corre siempre y su pasar lo sienten, no solo las flores perfumadas, sino los niños felí-



ces y los desdichados y hasta los alfileres perdidos; con la luz del dia llegó la sirvienta encargada de acomodar la lujosa sala y ésta no bien movió las sillas, que la tertulia había dejado en completo desorden, apercibió el caido alfiler y recogiéndolo esclamó:

«Qué lindo! Me viene de perillas» y sin mas dudar lo plantó valerosamente sobre su pañuelo de lana encarnado.

Grato, muy grato fué el elogio al vanidoso, que desde el momento empezó á inflarse de nuevo; y ésto lo digo en sentido figurado, niños, que bien sabeis que tal cosa no es posible, ni en los cuentos.

Pero no hay dicha duradera, ni siquiera para los alfileres largos de cabeza negra.

«Juana! Juana!» Grita una voz infantil, voz de niño mimado, que tiene siempre en su timbre algo de vibrante, de especial, que revela á leguas al muchacho voluntarioso

y mal acostumbrado. Era Pedrito el gordo, conocido en el barrio por sus travesuras y lo que es aun peor por su lengua *fea*, como dice un chiquilin su vecino, á quien escandaliza y maltrata noche y dia. Pedrito el gordo se ha hecho ya célebre en el barrio de San Juan.

El saca piedras de la calle para hacer *trompezar* al trenvia; él tira de las trenzas descortés á las *señoritas* chicas, que pasan alegres y paquetitas; él pone fósforos sobre la vereda para asustar á los pasantes, á riesgo de inflamar los vestidos y producir una catástrofe; él tira de la cola á cuanto caballo le cae á mano y maltrata sin piedad los perros pobres, que bien pudieran un dia defenderse mordiéndolo.— Qué no inventa Pedrito el gordo, comilon de masitas insigne, que no tiene miedo á alma viviente, ni aun al vigilante de la esquina. A lo menos así me lo ha asegurado un amiguito suyo conocido mio ; que apesar de todo, el diablillo tiene amigos á quienes aporreá y maltrata que es un dolor. Péro que asi mismo lo



quieren, lo buscan, no pueden vivir sin él. Tales cosas suelen verse, que aquel que todo lo puede lo permite, con una mira caritativa de seguro; pues el malo á quien nadie quisiera se volveria malisimo!

«Juana! Juana! Repetia Pedrito: «Dame un alfiler largo, el mas largo para.... Y fijando sus ojillos pispos en el de cabeza negra reluciente que ostentaba su esplendor sobre el pañuelo rojo de la robusta sirvienta, lo arrancó de allí sin gastar mas cumplimientos, y atravesando con él bárbaramente como de una lanzada, el delicado pechito de una mariposa amarilla que se debatía prisionera entre sus dedos, lo clavó bruscamente en la pared.

No sé que fué mas penoso para aquel alfiler de cabeza negra, si el golpe que rompió su punta fina y endeble al chocar con los ladrillos resistentes ó el aleteo palpitante de la pobre mariposita que agonizaba de dolor!

Pedrito fijó algunos instantes su mirada en

la moribunda víctima y se marchó luego silvando á cazar langostas.

Aquel cuerpecito tenué, desgarrado, presa de un dolor cruel, se estremecia sin cesar y cada una de sus palpitaciones se trasmítia á la acerada zaeta que lo atravesaba. El alfiler sentia el doble martirio del verdugo y de la víctima. Creo francamente, que padecia casi mas que la mariposita, pues ésta cesó muy luego de estremecerse y de sufrir, tan leve es la vida en esos seres efímeros, fragiles flores animadas de un dia!

Inmovil como mariposa pintada sobre el papel, quedó muy luego la víctima de Pedrito el gordo con desplegadas alas de luciente amarillo. Mas no por eso cesó el martirio del desdichado alfiler de cabeza negra que la atravesaba.

Pero que digo, dónde está aquella cabeza brillante, tallada, con facetas, que olvidé men-



cionar, dónde la luz bailaba juguetona y caprichosa?

Una ráfaga de viento la desprendió sin esfuerzo en esa tarde, que al clavar la mariposita, Pedrito el gordo rompió con el choque, no solo la aguda punta, sino desquició tambien el brillante remate vidriado, dónde tantas ilusiones se anidaban.

La humillante escoba barrió en seguida las alitas descoloridas de la mariposita amarilla, separándolas inhumana del cuerpecito invisible. Por un lado envuelta en polvo fué rodando en dos pedazos la cabeza negra hasta el ignominioso cajon de la basura; y aquel que fué el altivo alfiler largo de cabeza negra, despuntado, enmohecido, fué lentamente con el correr de los días á parar al lóbrego antipático resumidero, dónde ya le perdi de vista para siempre.

Ved niños, dónde conducen la soberbia y



la ingratitud! Aquel alfiler largo de cabeza negra era dichoso cerca de sus hermanos en el hospitalario papel azul que lo asilaba; pero él descontentadizo y lo que aun es peor ingrato, deja el conocido hogar sin sentir estrañeza ni pena, ansiando solo por lo desconocido.

Cuánto desengaño, cuánta amargura castigan su falta! .

Y ahora amiguitos—«Con éste y un biscocho» como acababan antes los cuentos «hasta mañana á las ocho;» ó de otro modo: «Hasta que vd. me cuente otro» Y les advierto que en la vidriera quedan aun tres alfileres largos de cabeza negra, y que á aquel niño que llegue á saber el *cuento* de alguno de ellos y me lo *cuento á mi*, le he de dar yo ¿Qué le daré? Lo que él me pida.

Diciembre 25 de 1881



Tio Antonio

A JACQUES

Antonio no era sino un pobre negrito, no sabia ni leer ni escribir; y creo que si conocia la existencia de Dios, era por haber hallado aquella imájen santa en el fondo de su corazon, revelada por sus instintos buenos.

Formaba parte de lo que llamaré ganado humano, porque era esclavo. No habia conocido ni madre ni padre; y sus recuerdos no iban mas allá de la mansion vasta, lujosa, habitada por sus amos, del miserable galpon en que vejetaba en penuzco con sus compañeros negros, esclavos como él y de un continuo sufrir, tan pronto por el excesivo trabajar al sol ó por



las correcciones, casi siempre merecidas, que le acarreaba su pereza.

El negro es naturalmente amigo de la ociosidad, su temperamento contemplativo, muelle, le incita á la inaccion; desgraciadamente el blanco al hacerle su esclavo no solo le priva de libertad, sino le impone aquello que mas repugna instinctivamente á la raza negra: el trabajo.

Agréguese á ello la tendencia á abusar de la fuerza, por aquellos que la poseen, y se comprenderá fácilmente que Antonio estaba léjos de ser dichoso. No amaba á nadie; esa desventura suprema que hacia esclamar á Santa Teresa al pensar en el ángel caido. «Desgraciado! No puede amar.» En cambio el negrillo detestaba con ~~toda~~ las veras de su alma, no solo al feroz capataz que le imponia penosas tareas y lo condenaba á ser azotado, sino al miserable esclavo como él, que debia ejecutar la terrible sentencia.

No quiero estenderme mas sobre los sufri-



mientos del pobre negrito durante sus primeros años; plácemel tomor el hilo de esa existencia, en el momento venturoso en que la suerte empieza á sonreirle cariñosa.

Una mañana; llaman á Antonio de improviso, mientras el taimado á la sombra de un hueco tronco de ombú, dormia á sus anchas las horas que debia emplear en el trabajo; y como para justificar plenamente el dicho «Que la fortuna le llega al que duerme,» recibe el arrabado negrillo de quince años, en vez de agudo, afrentoso latigazo, la orden inesperada de vestirse sin demora; es decir de agregar una camisa al ancho calzon flotante que cubre á medias sus piernas de ébano, para seguir, oh dia tres veces dichoso! al sobrino del patron á quien éste ha regalado á Antonio, con dos caballos y tres gamas.

El júbilo del esclavo mal puede pintarse; su patron, el verdadero hoy, es un jovencito poco mas ó menos de su edad, que despues de



mirarlo con ojos benignos casi afectuosos, dice en alta voz:

«Gracias mi tio; este negrito me gusta: vá à ser mi compañero en la estancia y no he de separarme nunca de él» agregando. «Que le den mi sombrero de paja viejo, el ponchito azul, un chiripá y mi caballo overo.»

Como hasta para saber ser dichoso es necesario costumbre, por mas que ésto no parezca natural, Antonio si bien sintió cierta alegría, al ver su sombrero para el nuevo, su poncho, su chiripá y su caballo para el suyo, puesto que lo montaba, única forma de la propiedad que comprendiese el negrillo, no por eso apreció plenamente el pobre esclavo, la magnitud de la dicha que la suerte le deparaba.

Poco à poco, fué sin embargo aclimatándose con el bien estar, con el contento su corazon cerrado hasta entonces á todo otro goce, que no fueran las satisfacciones naturales del hambre y del sueño. Tardó Antonio en sentirse



dichoso; pero luego que el primer rayo de luz penetró en su alma, aquella alma no conoció nunca mas las tinieblas.

El niño Miguel, como llamaban los peones al patroncito, era adorado en la estancia de los Alamos; tal tenia por nombre el sitio encantado, verdadero paraíso comparado con su antigua morada, dónde por algunos años debia residir el afortunado Antonio, distando esta estancia considerablemente del Ingenio, dónde creo viera la luz del sol el esclavo, en la provincia de Tucuman.

El niño Miguel era de Buenos Aires y la suerte llevaba á esa provincia al negrillo, que ignoraba de seguro, el nombre del sitio de su nacimiento y de aquel á dónde su destino lo llamaba.

Durante muchos días la intimidad del viaje estrechó los vínculos nacientes entre el esclavo y su jóven amo: el *amito*, como llamó desde el primer momento Antonio á su patron. Mas

[decorative header element]

que dichoso fué amador, el buen negrillo desde los primeros dias de su feliz mutacion. Su corazon aprendió á ser feliz por el cariño, y no exagero al asegurar que Antonio no se dió cuenta cabal de su ventura, sino una tarde que estando ya próximo a llegar á la estancia, el amito le dijo, «Antonio me he acostumbrado á tí, quiero que estés siempre en las casas cuando yo no monte á caballo y me sigas cuando vaya al rodeo.»

«Diantre de negro» habia dejado escapar uno de los peones, parece que el patroncito lo toma por blanco!»

Antonio oyó la expresion y mas entonces, que al recibir la grata orden del amito, sintió el esclavo dilatarse su corazon de dicha y reconocimiento.

Corrieron los dias del negrillo en dulce paz, cerca de aquel patron modelo, que en su edad temprana era ya el tipo acabado del caballero, por su temperamento generoso y noble; y mas



tarde cuando el patroncito abandonó, por su desgracia, la estancia, para establecerse en la ciudad de Buenos Aires, Antonio lo siguió como sirviente de confianza.

Era D. Miguel hombre acaudalado, nacido en Buenos Aires, pertenecía por sus vínculos de sangre, por su educación, sus afinidades y sus simpatías á esa categoría de individuos, á los cuales los patriotas argentinos, llamaron Godos, en los albores de la Independencia.

Antonio, que no era ya el negrillo ignorante y desnudo, que vimos al principio de este relato, que no quiero llamar cuento, había aprendido mucho cerca de su amo, despejándose su inteligencia en mas de un sentido; y cosa extraña, en el corazón del esclavo del Godo el bien estar material y moral había despertado el amor patrio, ya sea por el contacto con algunos peones blancos, libres naturalmente. Ya por esa misteriosa corriente, que arrastra los hijos del suelo hacia la pendiente natural, ya que por las esclavitudes que todas se parecen,

inspiran las mismas sublevaciones de los instintos generosos: Antonio era patriota y patriota entusiasta. Pero entiéndase que lo era con esa reserva y esa pasividad inherentes al esclavo.

Gracias á la protección generosa que le acordaba su patroncito, aprendió Antonio en la estancia de los Alamos el oficio de zapatero, con cierto primor, de suerte que á su llegada á la ciudad, no tardó en formarse entre los sirvientes y vecinos pobres del barrio una buena clientela, que le constituía una renta, mas que suficiente, para sus modestas necesidades de esclavo.

D. Miguel se había casado con la hija de un alto funcionario español, del tiempo de la Colonia; hombre intolerante de ideas estrechas y escasas, que no comprendía, ni aceptaba que los hijos de América osaran aspirar á ser libres.

No cabe en este relato explicar porque pen-

dientes, porque cauces naturales, llegó el patrón amado del fiel Antonio, á ser declarado reo de alta traicion á la lejítima causa de los patriotas; baste decir que delinquió como argentino, plegándose á la bandera del Rey de España, que defendió no obstante con brio y constancia, y que sus compatriotas le aplicaron la dura, pero inevitable pena de muerte.

D. Miguel, fué fusilado, como traidor á la patria y sus bienes todos, confiscados por la Junta.

Eran las tres de la tarde de un dia lóbrego de Otoño, D^a María la desolada compañera del ajusticiado, rodeada de sus cuatro hijitos, pasaba mentalmente en revista los poquísimos medios que le quedaban, para mantener aque-llos niños desvalidos y hacer frente á las nece-sidades mas apremiantes del momento, cuando vió llegar hacia ella en actitud respectuosa, al esclavo Antonio, que había desaparecido de la casa de sus amos, algunas semanas ántes del trágico acontecimiento.



«Que buscas aquí negro ingrato.»

Exclamó con acento airado la viuda de D. Miguel. «Vienes sin duda á complacerte en mi desgracia, tú, á quien todos llaman Antonio el patriota? Quitate de mi vista desagradecido; que tu presencia renueva mi duelo . . . aquí un torrente de lágrimas, cortó la voz á la desdichada y el negro respondió humildemente:

«Amita vengo á traerle á su merced estos cien pesos» y desató de la punta de un pañuelo de algodón á cuadros, varias monedas de plata que rodaron por el suelo.

«Plata tú á mí» exclamó orgullosamente poniéndose en pie la altiva Goda. «Eso solo me faltaba! Sal de mi presencia.»

«Yo, á su merced, repuso Antonio mansamente.» Porque yo soy suyo, porque esa plata la he ganado trabajando con estas manos que son de su esclavo, qué son tuyas!»

«Antonio! Dijo D^a María con vehemencia,



«Perdóname; te juzgué mal» agregando con acento doliente:

«Soy tan desgraciada! Tu amo! ah! Porque no me han dado muerte como á él! Que sé yo de patria, de leyes! El era todo para mí y me lo han quitado para siempre.

«Está en el cielo!» Respondió en voz baja Antonio «Con los desgraciados; y su merced tiene ahora que cuidar á los niñitos.»

«Si, pero me han despojado, me han arrebatado mis bienes, se han llevado todos los esclavos; mira ªestoy sola, sola completamente; mis parientes han huido, todos me abandonan!»

Tu me quedas, agregó Dª María con dulzura, los niños te quieren tanto! Tu me ayudarás, me servirás.

«Amita» dijo Antonio con cierta hesitacion
«Pero yo soy libre ya.»

«Libre tú» exclamó D^a María con asombro
«Y desde cuando?

«Desde este momento contestó Antonio.» Porque su merced va á declararlo así, aquí en esta carta» Y el esclavo presentó á su ama un papel, indicándole el sitio donde debia firmar.

«Jamas! jamás! negro indigno, hipócrita prorrumpió la altiva española. «Mi esclavo eres y mi esclavo morirás.» Cayendo entonces de rodillas en actitud suplicante y besando respetuosamente el ruedo del vestido de su señora, contestó Antonio balbuciente.

«Amita soy el esclavo de su merced mientras viva; pero es forzoso firmar este papel, creame su merced.»

Nunca! Nunca!»

«Entonces; repuso tristemente el negro, «me declararán libre á mí como á los otros, me harán soldado de la patria; que los esclavos de los»



El pobre negro no se atrevió á pronunciar la cruel palabra y cubriendose el rostro con las manos sollozó amargamente.

D^a María con un movimiento rápido, tomó á dos de los niños mas pequeños que jugaban á sus piés y los echó en brazos de Antonio; los chicuelitos que mucho lo amaban, rodearon con sus bracitos blancos el cuello del negro y con sus boquitas sonrosadas besaron profusamente las mejillas húmedas del fiel esclavo.

La escena era tan commovedora, que D^a María vacilante, fuera de sí, cayó en tierra derribada por el exceso de la emocion.

El esclavo fué declarado libre y así, gracias á un subterfugio de fecha, le fué dado sustraerse á la ley que confiscaba todos los bienes de los traidores á la causa de la Independencia argentina.

Pasaron las semanas, los meses y aquella familia desdichada no contaba con más recur-

sos, que los suministrados por el trabajo constante del negro Antonio.

Los niños lo adoraban y no exagero al decir que su ama lo respetaba. Pero aun no habia dado de si aquel gran corazon cuanto podia dar.

El trabajo de zapatero al cual se entregaba Antonio ó tio Antonio, como lo llamaban entonces sus amitos, bastaba escasamente, para la mantencion de la madre y de los niños, criados en la mayor abundancia y lujo.

Ademas, la fidelidad del negro inspiraba ciertas sospechas al vecindario curioso y mal dispuesto, que las grandes afecciones suelen despertar por lo general grandes envidias.

Tio Antonio decidió tomar un partido supremo; y con el corazon palpitante de emocion, se acercó una mañana á su señora.

«Amita» balbuceó con marcada timidéz:

«Hay quien dé por el negro doscientos pesos ;
acepte su merced.»

«Qué dices Antonio» Preguntó D^a María
«Qué negro? Qué doscientos pesos?»

«Este negro» Respondió el esclavo cobrando ánimo; y golpeándose el pecho agregó.
«El esclavo es fuerte y puede trabajar duro.»

«No te entiendo Antonio» Y la viuda de D. Miguel fijó sus bellos ojos en los del negro, con sorpresa.

«Digo» agregó Antonio con embarazo.

«Que le ofrecen á su merced, doscientos pesos por mí y que su merced debe tomarlos, pidiendo cincuenta mas, pues los valgo y todo pasará entre conocidos.»

«Venderte Antonio!» Esclamó D^a María
«Estás loco!»

«Si amita, es buen precio, vén dame su mer-

(1)

ced no mas. La carta de libertad ya no sirve,
aqui está . . . pero está rota.»

Y el negro mostró un puñado de papeles
menudos que el viento desparramó.

Entraba en ese momento un pariente de D^a Maria, el cual había oido parte de la conversacion. «Tiene razon sobrada tio Antonio» dijo el Español, que á fuer de hombre práctico comprendió era mejor hacer aquella venta, que esponerse á ver el esclavo confiscado, algun dia, apesar del tiempo trascurrido y de la generosidad proverbial de los patriotas con los enemigos vencidos, siempre que les era dado seguir los impulsos nobles de sus corazones.

«No!» Agregó D^a Maria, mirando cariñosamente á tio Antonio al través de sus pupilas húmedas.

«Vender yo á Antonio fuera un crimen; nunca no lo perdonaria, aquel que desde lo alto nos contempla. No se hable mas de ello.»



El negro sin proferir una palabra tomó á sus amitos en brazos y dejó la habitacion, cambiando con el primo de su ama una mirada de inteligencia.

El sacrificio estaba consumado en el corazon del esclavo.

En esa misma noche tio Antonio era comprado en trescientos pesos, por un amo que sabedor de la conducta leal y generosa del esclavo, prometia tratarle con especial consideracion.

El precio sirvió para pagar el pasage hasta Cádiz, de D^a Maria y de sus hijos.

La reconocida Espanola no pudo decir adios al fiel servidor, que tan generosamente se sacrificaba por ella. Por que una de las condiciones de la venta, fué que tio Anfonio partiría en la madrugada del siguiente dia para Mendoza, acompañando á la mujer de su nuevo dueño, atacada de tisis galopante.

El negro fiel contempló dormidos en sus camitas á los preciosos amitos tan queridos, que no debia nunca mas volver á ver; y sin pasar el umbral de la habitacion cerrada, en que oraba y lloraba D^a Maria, el abnegado esclavo envió desde allí un adios de perro fiel, á la viuda de D. Miguel y se marchó.

Justo es reconocer que aquella noble dama conservó vivo siempre el agradecimiento en su corazon y que sus hijos aprendieron de ella á bendecir la memoria de Tio Antonio.

Habia nacido el negro para ser siempre fiel y abnegado.

Su vida fué una constante dedicacion á aquellos á quienes pertenecia, por esa horrenda ley hecha por los fuertes, en menoscabo de los débiles.

Alguien ha dicho que la esclavitud no degrada solamente al esclavo, sino tambien al amo.



Tio Antonio supo sustraerse á esa fatal corriente.

Para el negro fiel cambiar de amo, no era sinó dirigir las fuerzas afectivas de su gran corazon en otra direccion. En él deber y ternura se fundian. La familia en la cual entró tio Antonio, era una de esas familias marcadas por la providencia en sus inescrutables leyes, para ser diezmadas sin piedad por un mal que no perdona nunca: la tisis.

Todo fué en vanos. Ni la opulencia qué les permitia buscar climas amenos, ni los asiduos, avisados cuidados de la ciencia, pudieron impedir que la madre, el padre y sucesivamente seis hijos, murieran en la flor de la edad.

Tio Antonio llegó bien pronto á ser el hombre de confianza de la casa; el esclavo en toda la vasta y buena acepcion de la cruel palabra. El negro conducia el carruage, en el cual la acaudalada familia atravesaba la inmensa distancia, que separa á Mendoza de Buenos Aires;

y en esos tiempos en que para viajar en la república era forzoso llevarlo todo consigo, muchas veces hasta el agua, al esclavo incumbian los preparativos mas minuciosos, mas intimos, tanto para la locomocion rápida, cuanto para el *comfort* y agrado de sus amos.

Inmensa era la responsabilidad de tio Antonio; pero no superior á su celo y actividad. Desde la nubecilla que aparecia en el horizonte presagiando la angustuosa tormenta de tierra que cegaba á los viajeros, aterrorizaba á los niños, y desgarraba sus pulmones enfermizos, hasta la eleccion y vigilancia de la ruta mas segura para evitar los feroces indios, azote de esa vía, todo, todo era de lo incumbencia del servidor. Sus amos siaban en él sin reserva. Tio Antonio merecia esa confianza, por su celo y su inteligencia. Era gaucho como el mejor y conocia á las mil maravillas el arte de sacar recursos de donde no los hay. Su génio inventivo suplia lo que faltaba en la desnuda pampa; era cochero, cocinero, repostero, herrero, cuanto ocurría en caso de necesidad.



Llegando á la estancia, situada en la provincia de Córdoba, en esa prestijiosa sierra que infiltra nueva vida aun á los moribundos; apesar de sus múltiples ocupaciones, tio Antonio comenzaba allí la grata tarea de enseñar á montar en petizo á sus amitas, rubias, frágiles flores que en las horas del cansancio daban la preferencia sobre todo, á los robustos, cariñosos brazos del fiel esclavo.

«Tio Antonio la señora sale» Grita una voz; mientras otra llama á «Tio Antonio, porque el amo lo llama» y tio Antonio que parece multiplicarse, para poder estar en todas partes y desempeñar como por encanto, sus numerosos quehaceres, siempre bien hechos, semeja á esos espíritus buenos, llamados *Farfades*, de la poética Normandia, que cuando toman bajo su protección á alguna *fille de ferme*, le hacen todo su trabajo de un soplido, sin que ella se tome la menor molestia. Pero ay! de aquellas que dan en perseguir, son desapiadados! Ellos derraman la leche que se pone á hervir, bébense la de los tarros que fué orde-



ñada la vispera, desparraman la ceniza del hogar en todas partes, inventan mil medios de fastidiar á su víctima y suelen hasta causar la muerte del ganado; á lo menos así lo aseguran los astutos Normandos.

Con el correr del tiempo, fueron desapareciendo uno á uno, todos los miembros que componian la opulenta familia; y con ellos las riquezas, los numerosos servidores, los vastos campos, hasta los amigos, ausentes unos ingratos otros. De los esclavos, solo tio Antonio quedaba cerca de la única hija de sus amos, que sobrevivia al naufragio de tantos bienes. Misterio del destino de los humanos! El negro esclavo con sus economias, con el trabajo suplementario robado al propio sueño, al propio descanso, se había comprado, no en su nombre, que aquel que *está en mano de otro*; como decian los Romanos, no puede poseer, una lenguita de tierra, pequeña chacrita que cultivaba con grande constancia y buen éxito.

Ironía de la suerte! la orgullosa Mercedes,

■

único vastago, heredera esclusiva entonces, de aquel amo que durante quince años esplotó el trabajo del esclavo modelo, tratandolo es cierto como lo prometió, con consideracion y blandura, continuaba la tradicion de familia, apropiándose cariñosamente, lo reconozco, todos los latidos de aquel corazon, la vida toda del abnegado esclavo. Esa Mercedes que contaba ya los dias que le quedaban de vida, minada á su turno por el horrendo mal hereditario, aceptaba las dádivas del anciano esclavo, como aceptaba su trabajo, como un derecho; sin darse cuenta siquiera del cruel egoismo á que cedia.

Cuantas veces veiase al viejo tio Antonio, encorbado ya por la edad y el trabajo excesivo, en su caballito flaco, escasamente aperado, que llegaba de su chacrita, con arganas repletas de pollos que piaban, huevos frescos, frutas apetitosas y legumbres, para el regalo de su amita. Ufano y grato venia el buen esclavo, como si en vez de ser él quien daba, fuera quien re-

cibia. Los amos de tio Antonio, le dieron en el curso de su vida muchas pruebas de estimacion, de confianza, de cariño mismo ; diéronle todo, menos aquello que hubieran debido darle para premiar su celo ejemplar, sus grandes virtudes: la libertad!

No les ocurrió estoy segura, que el esclavo pudiera ni aun desearla. Pero llegó dia sin embargo en que el anciano fué libre por la fuerza de las cosas. Murió su ama y conjuntamente con su muerte, la emancipacion de los negros fué un hecho en la República Argentina.

Sinembargo, tio Antonio que había nacido para vivir en beneficio de los demás, era en su clase otro Rey Lear. Sus hijas, dos negrillas evaporadas é ingratas á quienes mimaba como él sabia mimar, lo desdeñaban y aun creo, le maltrataban en sus últimos años, despreciando oh dolor ! al esclavo !

Quién podrá decir jamás qué nubes, qué



sombraS acongojaron aquel corazon manso y generoso!

Murió Tio Antonio; y aquel cuya existencia fue una abnegacion constante y sin trégua, descansó al fin olvidado en la ancha fosa comun.

Hay sinembargo quien cuenta y pesa esas existencias especiales; y llega dia no lo dudo, en que aquel que á mucho aspiró y mucho sufrió, alcanza mas allá de la vida, lo que los Cristianos llaman la bienaventuranza

25 de Diciembre de 1879.



